

EL ÁNCORA

Emilia Pardo Bazán

ÍNDICE

Capítulo I	199
Capítulo II	205
Capítulo III	211
Capítulo IV	217
Capítulo V	225
Capítulo VI	231
Capítulo VII	237
Capítulo VIII	243
Capítulo IX	249
Capítulo X	255

FERNANDA, en un capricho de descoser ella misma los famosos encajes, tomó el manojito de llaves y abrió la bien ajustada puerta del ropero. Un olorcillo a vetiver y alcanfor salió de las profundidades del armario, y la dama, guiada por la forma de la caja que conocía tan bien, acertó inmediatamente con su traje de boda.

Antes de levantar la tapa de la caja barnizada y fina, detúvose, movida por un sentimiento que no podía definir, mezcla de respeto y de tristeza tediosa —la tristeza que nos infunde la vista de cosas en que pusimos lo mejor del alma y que sólo nos dieron, en cambio, amarguras y decepciones—. Cuando, alzada ya la cubierta, apareció la nube de blancura un tanto rancia, el raso velado por el tul, las flores de azahar misteriosamente recatadas entre la sutilísima red del encaje, allá en una esquina las cajas de terciopelo blanco del misal y el abanico, en la opuesta los zapatitos diminutos con su lazo bordado de perlas..., Fernanda sintió una especie de vértigo y buscó el sostén de una silla, donde se sentó, sin resolverse todavía a tocar las nupciales galas.

Un objeto cualquiera —menos aún: un perfume, un sonido, un color—, nos hacen a veces revivir la juventud, recobrar las horas ya desvanecidas por el tiempo. Fernanda, abismada, con la mano izquierda delante de los ojos y la derecha crispada sobre la rodilla, evocaba —por virtud de aquellos blancos atavíos— la visión no menos blanca de sus amores y su noviazgo.

¿Qué sabía ella del mundo cuando, a los dieciocho años, la había cortejado y solicitado en matrimonio Ginés Tavera? Educada por la condesa de Maravillas, su madrastra —que la trató y cuidó de su hacienda como verdadera madre, pero la

sujetó al melancólico retiro y a la estrecha devoción que ella misma observaba desde su temprana viudez—, Fernanda era una chiquilla algún tanto arisca, a quien la presencia de la gente contrariaba. Indócil y secatona, la condesa solía decir de ella, en confianza, a su confesor: «¡Vaya por Dios, padre Herrero! Mi hijastra parece un erizo.» Y no adivinaba la excelente señora que Fernanda guardaba en el corazón, bajo apariencias de aspereza, un foco de dolor y de ternura, el sitio de su madre, muerta al darla a luz. No podía desconocer Fernanda que su madrastra era buena; no podía negar que miraba por ella con celo extremado; no podía olvidar que en sus enfermedades de niña la había asistido, no apartándose de su cabecera...; pero —sin precisar el análisis— Fernanda sentía, por instinto, que faltaba en todo esto el calor de entrañas la efusión delirante con que una madre *natural* acaricia a su progenitura... El tibio beso en la frente que todas las noches recibía de la condesa de Maravillas había llegado a causarla un estremecimiento de repulsión. Como pudiese, hurtaba el cuerpo a aquella caricia. Representábase a su madre toda labios, y labios de miel y de fuego, que la envolvían en un halago de infinita dulzura. Fernanda ofrecía una particularidad, rara en las chicuelas de sus años: no lloraba no había llorado jamás. Sus murrias, sus enojos, eran *secos*. Una noche que le dolía la cabeza, púsose de pechos en la ventana de su dormitorio, y un ciego se detuvo al pie de ella, cantando, para pedir limosna, la conocida copla flamenca:

Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
y el primero que te di...

Y la niña, después de un momento de eso que se llama *ausencia*, sintió que rodaba por su mejilla fría una gota de algo que quemaba mucho. La secó rabiosamente, y cerró de golpe las maderas.

Apenas vio a su hijastra hecha una mujer, la condesa de Maravillas deseó casarla, no sólo por ver si así se modificaba su desapacible carácter, sino a fin de quedar libre de cuidados de tu-

tela y poder entregarse mejor a sus rezos y a sus caridades. Creía de buena fe la condesa que, buscando a Fernanda un marido de su clase, quedaba cumplido su deber. Eligió a Ginés Tavera porque reunía condiciones que sin duda hacían ventajosísimo el enlace: familia tan antigua, que procedía en línea recta nada menos que de los Taveras sevillanos; caudal considerable, algo comprometido por hipotecas, pero fácil de salvar con una acertada administración; en perspectiva el marquesado de Benalí y una grandeza de segunda; pero, sobre todo —sobre todo!—, una educación cristiana, lejos del padre disipador y calavera, bajo la inspección de una abuela rígida, una marquesa viuda de Benalí que había tenido al muchacho como un doctrino, sometido a la estrecha custodia del capellán, hasta los veintidós o veintitrés años. Lo que no podía comprender la condesa de Maravillas era que semejante tirantez sólo hubiese servido para meterle a Ginés en el cuerpo unas ganas curiosas de desquitarse, así que se lo permitiesen las circunstancias. Conocía Ginés el carácter de hierro de su abuela, y sabía que no le permitiría disfrutar a sus anchas su patrimonio, hasta verle casado. Decidió, pues, tomar mujer, y cuando su abuela le propuso a la *Maravillitas*, aceptó de buen grado, y se prestó a unos meses de empalagoso tortoleo, en el Real y en las cuatro o seis tertulias circunspectas donde se deslizaba a concurrir la madre de Fernanda.

La cual, sin embargo, conservaba de aquellos meses una impresión deliciosa... Cierto que su novio le parecía algo frío, algo aficionado a llegar tarde y marcharse temprano, algo demasiado equitativo en repartir sus atenciones entre ella y las demás muchachas del grupo. Fernanda le desearía más *pegado*, más tierno..., pero se hubiese dejado morir antes que decirlo, que indicarlo siquiera. Como toda alma exaltadamente sensible bajo apariencias de sequedad, quería ser adivinada, violentada dulcemente. Y cuando ya se acercaba el día de la boda; cuando Ginés entraba más libremente y más a menudo en casa de su futura; cuando las discusiones sobre mobiliario y arreglo del nido eran frecuentes y las cabezas de los novios se tocaban a veces al inclinarse sobre un paquete de muestras o al hojear un álbum de tapicero, hubo momentos muy gratos para Fernanda, porque Ginés estaba en su papel...

Casáronse de noche, aplazando la salida para el viaje de novios hasta dos días después, a fin de velarse.

Fernanda podría relatar uno por uno los más mínimos incidentes de aquellas horas: todo se había grabado en su memoria con relieve solemne y profundo, hasta la caída del ramo de azahar natural que llevaba cogido y que dos veces había resbalado de sus manos trémulas, arrancando a la supersticiosa doncella una «¡mala señal!» que heló la sangre, por un segundo, en las venas de la novia... Lo que hizo tan señalado para Fernanda el día de su casamiento no fue el principio de la intimidad conyugal, ni la sorpresa de la inocencia que desgarró su velo. No; Fernanda, que tenía del matrimonio una idea muy alta y muy hermosa, hubiese tachado de sacrílego a quien le dijese que, para la mayor parte de los hombres, todo el contenido del matrimonio está en esas horas primeras. Fernanda creía —soñaba, mejor dicho— que aquello era el prefacio; que la novela, la poesía, lo santo y lo inefable, vendrían después, y muy completos, y con duración de muchos años, trayendo cada edad de la vida su forma diferente de amor, unas más bellas que otras, cada cual divina a su manera, hasta la que mezcla dos cabelleras canas y dos áridas mejillas sobre la cuna de los nietos, al borde mismo de la fosa... Y en cambio, Ginés pensaba que un poco de jalea al principio y una correcta indiferencia luego pagaban bien la deuda contraída ante el altar, a la faz de una sociedad que le amparaba con sus leyes, y de un corazón que se entregaba embriagado...

Salieron hacia París los jóvenes marqueses de Benalí. Ginés nunca se había visto libre y con barro a mano en la capital francesa. Corrían los últimos días del otoño, y en los bulevares, restaurantes y teatros sólo se escuchaba hablar español. Encontró Ginés amigos de Madrid, unos solteros y otros con sus familias, y desde luego se combinó una vida en que Fernanda tenía por compañeras, en paseos y diversiones, a las señoras, y Ginés se iba con los caballeros por su lado. Fernanda sintió una contradicción indecible: había soñado que no se apartaría de su marido y que andarían del brazo como enamorados; pero su orgullo le cerró la boca, y sin objeción alguna rodó por almacenes y casas de modistos, mientras Ginés estudiaba otras formas de la industria parisiense. Fernanda calló: por un lado, su altivez le

cerraba la boca; por otro temía que se riesen de ella las damas a quienes la había entregado Ginés, y que todas parecían encontrar muy natural la división por sexos y el pasarse todo el día de Dios sin ver a sus esposos, ya que, al fin, de noche —¡qué remedio!— se los encontrarían... ¡Vaya si se los encontrarían!

Pues ¿quién sabe?... Una noche, Fernanda, en su saloncito del Grand Hotel du Louvre, aguardó en balde, sin que Ginés apareciese... Inquieta primero, azorada después, en angustia cruel por último, vio amanecer un día brumoso y glacial de París, y transida de frío y muerta de susto, iba ya a salir, a llamar, a alborotar, para que se buscara a su esposo, cuando sintió que se abría la puerta y le vio entrar, con el cuello del gabán subido hasta las orejas, el sombrero ladeado, cantando entre dientes... Con impulso vehemente se le echó a los brazos, y por primera vez Ginés tuvo una palabra áspera y un movimiento casi descortés.

—Hija... ¡Pues tiene gracia! ¿Qué haces a pie esperándome? ¿Te has figurado que así me sujetas?

Retrocedió Fernanda, palideciendo, y se quedó inmóvil ante su esposo. Hay cosas tan enormes que el corazón no las admite; y la recién casada de diecinueve años no podía interpretar en toda su significación aquella noche pasada fuera, ni las arrugas de la pechera blanca que se entrevió al desabrocharse el gabán, ni la corbata blanca, torcida y manchada de vino, ni el equívoco y violento perfume que se desprendía del pelo y de las manos de Ginés. ¡Ah! Si lo hubiese podido interpretar de golpe entonces, acaso abre el balcón y se precipita por él a la pulida acera recién lavada, donde en aquel momento instalaba una ramillettera su graciosa mercancía... No, Fernanda no interpretó aquello; sólo vio la repulsa, la dureza, la acogida hecha a su demostración de ternura..., y silenciosa volvió la espalda.

Ahora —a la vuelta de cinco años de matrimonio— sí que entendía bien Fernanda el sentido de la cruel escena de París. Cada día un nuevo pormenor, una nueva señal, la convencían de que su felicidad había nacido muerta. En expectativa al principio; desconsolada luego; revolviéndose después hacia todos lados, como quien busca un clavo a que agarrarse, Fernanda estaba ya en ese período de desorientación en que todo se intenta.

Bastaba de encierro y de vida monástica; bastaba de horas de soledad y de abandono... Fernanda había resuelto asistir a aquel *baile rosa*, y a todos, y adonde danzase un mico... Haría como las demás. Divertirse, reírse, lucir, ser un astro, y ahogar el amor y la juventud en un mar de frivolidades...

Y para adornar el traje color rosa de China, que había encargado a Redfern, es para lo que quitaba los soberbios encajes hereditarios de su traje nupcial, arrancado de la ligera caja a tirones, echado al suelo y descosido a iracundos tijeretazos, que parecían puñaladas destinadas a asesinar las ilusiones de ayer, blancas y suaves como el crujiente raso de la espléndida y luega falda.

II

SI alguna mujer dijese que, al volver al mundo después de una temporada de retiro, y volver alzando un rumor halagüeño, que susurra a su alrededor requiebros que parecen himnos, no ha sentido grandísimo gozo y no ha sonreído disimuladamente, allá para sus adentros —que también hay sonrisas interiores—, no la creáis. Mentirá por conveniencia y modestia, se mentirá a sí misma; pero miente de seguro.

Ahora bien: si esa misma mujer afirma que, al retirarse de la fiesta, no ha notado que todo homenaje y todo triunfo es vano y vacío cuando no hay a quien ofrecérselo ni quien se envanezca de él, decid que esa mujer es un amasijo de vanidad y tontería, y que merece pasar su vida entre dos cosas igualmente tristes: el ruido y la soledad.

Regresó Fernanda del *baile rosa* con algo de fiebre. Su primer movimiento fue mirarse al espejo, y en el limpio cristal que cercaba una guirnalda de flores de frágil Sajonia y que inundaban de luz seis transparentes bujías, vio un rostro que casi la pareció desconocido, una Fernanda nueva. La fiebre encendía sus mejillas y hacía brillar sus ojos, y su pelo encrespado y peinado con arte, que iluminaban joyeles de brillantes y rubíes; sus hombros desnudos, que transpiraban ligeramente y recibían como rosados reflejos del terciopelo del corpiño; su boca roja, sus pupilas sombrías y dilatadas, la hicieron sorprenderse, porque contrastaban con la Fernanda de todos los días, descolorida y encerrada en su continua pena. Siguió mirándose; pero aquel espejito de tocador, tan mono, no permitía ver sino la cara y parte del busto. Se volvió hacia la alta luna del armario y dio vuelta a la llave de los dos tulipanes de luz eléctrica que la coronaban. La gentil figura

que se copió en el espejo hubiese satisfecho al más exigente artista. Y en realidad, dos artistas de muy diverso orden habían colaborado en ella: Dios... y el modisto.

No hay razón para que se hable de los modistos con desprecio. Lo que otros con el lápiz o el pincel o los palillos, hacen ellos con los dedos combinando telas y colores. Su inspiración (que a veces se les puede calificar de inspirados) suele hallar un obstáculo: el de no poder acomodar la ropa al carácter y expresión de la fisonomía o del tipo a quien la destinan. Rostros vulgares y sin distinción exigen del modisto que las convierta en *Anas de Austria*; mujeres morenas y coloradotas piden los voluptuosos y lánguidos trajes de la época Pompadour, que las sientan después como a un Cristo un par de pistolas. El modisto verdadero —artista de raza al fin— se regocija cuando puede colocar una de sus creaciones sobre un buen maniquí humano. La fotografía de Fernanda y el recuerdo de su figura habrán hecho exclamar al francés: «*Dieu merci*», y asir con súbito movimiento sus tijeras de oro, mientras sus manos largas y secas arrugaban en el aire —con el movimiento peculiar del magnetizador, que despidе fluido— sedas y encajes, cintas y pieles.

De todo esto entraba en la incomparable *toilette* que había valido a Fernanda una noche triunfal. Era el traje —algo complicado de líneas, pero calculado tan bien que parecía sencillo— una hábil mezcla de dos estaciones: la seda suave y blanda como un pedazo de epidermis, y el encaje, maravilla labrada en Venecia hace dos siglos, se armonizaban atrevida y divinamente con el suntuoso terciopelo y las pieles de *zorro azul* entre las cuales resaltaba el peto bordado de perlas y rubíes balajes color rosa. Con atrevida innovación, el modisto, que tenía estudiado el talle de Fernanda, había encotillado el corpiño, dando así a la figura de la dama un gracioso aire de retrato antiguo: las ballenas hacían plano y largo el talle y despedían audazmente el seno hacia lo alto, combinación encantadora cuando la favorece la juventud y la intacta pureza de formas de una mujer. Al mismo tiempo, y por especial encargo de la marquesa de Benalí, la honestidad nada había sufrido con el traje, caprichoso y novísimo. La armonía del colorido era incomparable, a pesar de los vivos tonos del rosa.

Fernanda había notado, desde el momento en que entró, que eran su presencia, su atavío y su hermosura con él, el acontecimiento de la noche; y un natural regocijo duplicaba su hermosura en aquellas horas fugaces. Cuando estaba en lo mejor de su triunfo vio venir como un torbellino a María Pimentel, la bien nombrada, la de aguda y sajadora lengua y picantísima charla. Fernanda estrechó con gusto la mano que la tendían, porque gustaba más del desenfado y graciosa franqueza de la Pimentel que de otras hipocritonas mordaces. Y María, después de reiteradas felicitaciones sinceras, de elogios bruscos y de un «¡Gracias a Dios que el caracolito éste se resuelve a salir de su concha! ¡Ya iba a enviarte *linolina* para que no te me apolillases!», que hizo soltar la risa a Fernanda, se la llevó a un rincón, y en voz baja, pero cristalina y aguda, dirigió a Fernanda este discurso:

—Bendita seas por haber venido y por haberte presentado tan magnífica y tan retrechera. Ya supondrás que no te he encerrado aquí para decirte piropos. Valiente *desaborición*: pan con pan... No hija; es que me encanta que rabie ese jamoncito con triquina de Ángeles... *peores*. ¿No la ves? Mírala qué ojirris te echa... ¡Parece el lagarto de las cuatro virtudes..., digo, de los cuatro vicios! No, no mires tú ahora; no la des ese gustazo... ¿Para qué se han inventado los abanicos? Anda, ahora puedes enterarte... ¿No notas?

En efecto, pudo Fernanda convencerse de que la señora baronesa de Lepanto no la quitaba ojo desde el sofá donde sostenía animado diálogo con Ginés. Parecía como si la dama insistiese en pretender algo que el marqués de Benalí rehusaba débilmente. Venció al fin el obstinado empeño de la que la Pimentel llamaba *Ángeles peores*, y cogiéndose del brazo de Ginés se dirigió hacia Fernanda, que se levantó maquinalmente. La Lepanto tendió los brazos como si se le despertasen, a la vista de Fernanda, profundos sentimientos de cariño, muy súbitos y muy extraños ciertamente, ya que en toda la vida de las dos señoras —corta aún la de Fernanda, no breve la de Ángeles— se habrían hablado cosa de media docena de veces, y siempre en el mundo, y siempre sin confianza.

Y después de apoyar los labios en la mejilla de la joven marquesa, la Lepanto dijo con voz de azúcar envenenado:

—¡Monísima!... ¡Ay, gracias a Dios que nos permite usted que la admiremos! No hay que preguntar cómo lo pasa usted; basta verla... ¡Qué *toilette*! ¡Digo! Es usted la reina de la noche... ¿Querría usted hacerme un favor, ser buena amiga? Dígame usted quién es su modisto... ¡El cuerpo es una idealidad! ¡Qué nuevo! ¡Qué hechura tan rara!

—No crea usted que es el sastre, baronesa; es el molde —exclamó con su frescura habitual la Pimentel, que arrastró consigo a Fernanda, haciéndola dar media vuelta y dejar con la adulación en la boca a su interlocutora.

Y así que se vieron entre el gentío, inclinose la Pimentel hacia Fernanda y con viveza la dijo:

—Ese pañolito, límpiate volando... ¡Quítate la baba de Judas!

Cuando Fernanda se disponía a que su amiga le explicase todo el alcance de la frasecilla, las detuvo el dueño de la casa, que quería presentar a Fernanda al secretario de la Embajada inglesa. Poco después Fernanda bailaba con el diplomático, y ya en toda la noche no hubo medio de que tuviese otro aparte con la Pimentel. Sin embargo, la expresión de aquellas palabras se le había quedado clavada en el alma de un modo singular. La Pimentel tenía inflexiones de voz que decían más que las palabras mismas, retintines extraños que grababan lo más difícil de decir con el buril de la ironía y lo realizaban con caracteres de fuego.

Ciertamente que no podía sorprender a Fernanda ningún indicio de despego de su marido. En cinco años había recorrido todas las etapas del recelo, de la desconfianza, de la duda, del desengaño, de la esperanza y del desconsuelo... Sin embargo, aquella pena, como casi todas, tenía aún muchos aspectos para Fernanda desconocidos. Creía ella que la infidelidad del esposo no pasaba de cierta esfera baja y casi anónima de la sociedad, y nunca había pensado en la contingencia de que Ginés la injuriase con mujeres de su misma clase, y haciendo alarde de ello ante el círculo burlón y despiadado del mundo. Las faltas de Ginés con mujeres despreciables le habían parecido hasta entonces a Fernanda vicios y locuras de la mocedad; pero la falta con una señora era, sin duda, la traición, el robo, el despojo total, la sustracción de lo único que hasta entonces había conservado

la esposa, y que le quitaban con inaudito descaro... El agudo dolor que sintió Fernanda vino a demostrarle cómo siempre el amor se resiste a morir y escoge un rincón donde defender lo que le resta de vida...

¿Sería verdad? ¿Habría en las palabras de la Pimentel todo lo que Fernanda creía haber visto? ¿Significaría algo la actitud de Ginés cuando daba el brazo a Ángeles y se quedaba como envarado, molestado por el diálogo, con un imperceptible movimiento del cuerpo, que quiere tomar otra dirección, abreviar una situación embarazosa?

Volvió Fernanda a mirarse al espejo, y sin que pudiese achacarse a vanidad lo que se la ocurría, extrañaba cada vez más que su marido pudiese darle rival semejante. Una mujer entrada en años, y años malversados en continuas liviandades y escabrosas aventuras; una mujer barnizada y retocada, marchita, despreciable..., ¿sería preferible para Ginés a la fresca juventud de la casta esposa, enamorada todavía, dispuesta aún a olvidar y perdonar y a reanudar la vida? Como todas las almas generosas y bien puestas, Fernanda buscaba su tanto de culpa, y hasta deseaba aumentarla en aquella hora: imputábase como delitos el silencio, el orgullo, el retraimiento, la falta de coquetería y de artimañas que atrajesen al marido tornadizo y joven... Era preciso cambiar de sistema, lisonjearle, atraerle, quitarle las telarañas de los ojos, y que viese y sintiese cerca de sí y con todas las ventajas y apacibles satisfacciones de lo legítimo y justo la ventura de ser dueño de un bien codiciado y codiciable... Fernanda se trataba a sí misma de soberbia, de insensible, de altanera, de mala, y acusábase de poco humilde, de pronta en volver las espaldas y en echar la sogá tras el caldero. ¡Si con un buen movimiento, con unas lágrimas de aquellos ojos suyos que no sabían llorar, pudiese reconquistar a su Ginés! ¡Si de ella, de su voluntad, de su iniciativa, de su energía, de su ímpetu amante, dependiese conseguir lo que más anhelaba! ¿Y por qué no? ¿No era hermosa, no acababa de oírlo repetir, no lo había oído el mismo Ginés hacía un momento? Volvió Fernanda a mirarse..., y, de pronto, la alta luna del espejo reflejó algo que la dejó inmóvil de sorpresa. Ginés entraba, sonriendo, expresando con los ojos algo tan conforme a lo que estaba pensando su esposa, que

ésta, paralizada por el exceso de la emoción, ni acertó a volverse, y sólo cuando ya el que entraba estuvo tan cerca que le sintió respirar, volvióse Fernanda automáticamente, sin darse cuenta de que se volvía, y dejó caer la cabeza sobre el hombro de Ginés.

III

EN el fondo del palco, entre el mosconeo de las conversaciones y los suaves efluvios de las violetas naturales que guarnecían el corpiño de Fernanda, dialogaban ella y María Pimentel, primero en voz alta, y después, bajando el diapason poco a poco, en completo misterio, lo que se llama un cuchicheo íntimo.

—Mira, paloma con hiel —decía la confidente—, todo eso lo adiviné yo, sin necesidad de que me lo garlases tú. Que después de la función y de verte tan reguapa vendría con pamemas el Caifás de tu marido..., de ene, hija de ene. Que pasados quince días..., ¿no?, ¿una semana?, ¡válgame Dios, pobrecita!, ¡como en el *Tenorio!*, daría vuelta la veleta..., también de cajón. Que en seguida volvería con más furia a las andadas..., ¡mírale!, ¡allí le tienes pelando la pava vieja!, de clavo pasado. Que esa pindonga se vengaría de tu corta *privanza*, haciendo ahora ostentación de su poca vergüenza..., ¡cómo no!, que dicen los *chichitos*. ¡Ay hija! ¡Si estas historias no se recomiendan por su variedad! *Plus ça change, plus c'est la même chose...* Lo que te pasa a ti les ha pasado a millones de mujeres tan lindas y tan buenas como tú... ¡Dirás que mal de muchos, consuelo de tontos! Tendrás razón... Pero *così va il mondo*. Digo, el *mondo* no; los remonísimos serpentones de los hombres. ¡Para la tonta que los adquiera a censo perpetuo! Yo me casé una vez, y creo que si no enviudo a los tres meses, cometo un parricidio.

—¡Dichosa tú —exclamó con melancolía Fernanda, estrechando las manos de su amiga en las suyas calenturientas— que puedes convertir en risa y en broma las penas! Oye, María..., ¡yo no sé qué me pasa contigo, que siendo reservadísima, capaz de

morirme por no abrir el corazón, te lo abro sin recelo y te digo, como me lo diría a mí misma, cuanto siento y lo que sufro! No es porque, en medio de tu charla, sabes callar; ni es porque eres tan buena amiga como enemiga temible... No es por eso, sino porque..., ¡vas a reírte mucho!..., porque me pareces..., así, como un amigo..., no..., como un confesor... ¡Qué disparate! Confesor, tampoco...

—En fin, te parezco un marimacho incapaz de envidia —respondió la Pimentel, apretando vigorosamente las manitas temblorosas—. ¡Lo aciertas, criatura! Soy así. No envidio a nadie..., ¡a nadie!, pero detesto a mucha gentuza. ¡Y si pudiese retorcer media docena de pescuezos de gallina! —añadió, mirando insolentemente a la platea de la que había llamado *Ángeles peores*, y donde, sin duda con propósito de pasar el segundo acto de *Carmen*, que pronto empezaría, se arrellanaba tranquilo el marqués de Benalí.

—Mira, yo me he confesado... —murmuró Fernanda en voz quebrantada y sorda—. El confesor me manda que perdone a mis enemigos y que tenga paciencia y resignación y que ponga en Dios toda mi esperanza. Yo conozco que dice bien; que es verdad; que así conviene proceder..., pero no tengo fuerzas. ¡Resignarme! ¡A los veinticinco años; en lo mejor de mi vida; con sangre en las venas! No. Y esto es lo que me volverá loca, María; el no poderme resignar. Esa cuerda de la resignación, yo no la tengo; y lo que me sucede es que, lejos de resignarme, me exalto más cada día, y se me pasan por la cabeza cosas que..., que no te las diré nunca. ¡Cosas horribles!

—¡Buena falta hace el que me las digas! También eso es de ene, y no vayas a volverte tarumba imaginando que sólo te sucede a ti en el globo terráqueo... Lo que te ocurre es que todos somos de Dios, que amor con amor se paga; que la ley de Talión no la hizo ningún bobo, y que donde las dan las toman, y que lo que no quieras para ti, no lo hagas a los demás.

—¡Qué horror! —exclamó Fernanda, con un estremecimiento de todo su cuerpo, que era una repulsa y una protesta—. ¡Ay María! Lo que me espanta precisamente, ahí lo tienes tú. Lo que me espanta es que se me llegue a incrustar esa idea y ese deseo en el magín. No somos de bronce, y el amor propio es mal con-

sejero. Hasta hace poco me defendía el cariño..., un resto vivo de aquel cariño tan hermoso que le tuve en los primeros tiempos de nuestra unión; pero ahora conozco que el tal cariño se borra y se desvanece, y en el vacío de mi alma no sé qué poner para llenarla. Las diversiones, de las cuales se habla tan mal por ahí, son muy útiles a muchas mujeres de poco fundamento y frívolas, en ese torbellino, y sin hacer nada malo, van entreteniéndose los días y no se acuerdan de que tienen corazón. Yo, por mi desgracia, lo siento y lo padezco. ¿Será verdad lo que me ha dicho el padre Alorda, que es mi director?

—¡Bah! Alguna inocentada te habrá dicho... ¡Como esos señores no viven en el mundo, sino que están en Belén con los pastores la mitad del tiempo!...

—No, no; tenía su filosofía la frase. Me dijo que no me puedo resignar aún, porque no he sufrido lo bastante todavía, y que sólo cuando Dios me pruebe con un verdadero golpe aprenderé a bajar la cabeza y se me abrirá la fuente de las lágrimas.

—¡Eso es! Sentencia de Salomón. Yo quisiera saber a que llama sufrir el bendito del padre. Convéncete de que esos señores son excelentes y todo lo que tú quieras, pero a imposibles no les gana nadie. ¿Le parece poco a él —claro, como que eres tú quien le aguantas— el que con esa cara y esos años y esa conducta que te traes, tu costilla esté como ahora está?

Y la incorregible confidente, obligando a Fernanda a que mirase, poniéndose de pie, a la platea de la señora de Rojas —porque no siempre la hemos de llamar como la Pimentel la llamaba—, eligió tan bien el momento, que fue aquel mismo en que Ginés se inclinaba hacia la dama jugando familiarmente con su abanico, y hablándola en voz baja, sonriendo los dos. Una nube pasó por los ojos de la esposa, que acababa de observar que el traje de la señora de Rojas, aunque en colores diferente, era en hechura parecidísimo al que ella había lucido en el baile. Como la de Rojas se teñía el pelo de color caoba, había elegido tonos azules, y bordado el peto de turquesas.

—No me gusta —dijo la Pimentel— hacer el papel de los que sólo dan malas noticias, pero ese traje ya sé yo quién lo paga... Y ahora, que venga el padre Alorda con sus lecciones seráficas.

—María—respondió Fernanda, dejándose caer en el banco de terciopelo—, lo que te aseguro es que me ahogo y que me voy a marchar del teatro ahora mismo. No son celos, porque ya sabes que murió el amor; es asco, es vergüenza, es repugnancia, es que necesito estar sola y que la cabeza se me abre de jaqueca ya. Palabra de honor: me siento enferma.

—Pero ¿y el coche, hija? Lo habrás pedido a la hora de salir, como de costumbre...

—Iremos en un simoncillo. Por Dios, no te opongas. Vente a tomar conmigo una taza de té. Ya le enviaré luego el coche... a... Ginés. Pero ir con él esta noche, reunidos en una berlina estrecha..., ¡me sería imposible!

A tiempo que decía estas palabras en voz sorda la angustiada Fernanda, en las butacas sucedía algo que podría tener influencia en su destino. Era que un hombre, un caballero, fatigado de la representación y de lo que estaban degollando a *Carmen*, y tal vez de algo más, se levantaba impaciente, enfundaba los gemelos y salía en demanda de su abrigo, con propósito de recogerse a su casa, donde le aguardaba hermosa estufa de leña y los periódicos y libros predilectos. Llamábase este caballero Gonzalo Calderón y Tavera, y era primo en segundo grado del marqués de Benalí, con el cual tenía semejanza fisonómica, pero ninguna moral; antes al contrario, no existía en Madrid quien tuviese del marqués de Benalí más pobre idea que su deudo Calderón, ni quien censurase más acerbamente su comportamiento y la necia disipación y escándalo de su vida. Soltero y joven aún, pues no contaría más de treinta y dos años, Gonzalo no rehuía la sociedad ni tenía horror a las distracciones; pero la crápula, el descoco y el alarde de inmoralidad repugnaban profundamente a su alma delicada y llena de rectitud, y solía decir que si hubiese un código con sentido moral, el hombre que se conduce con una mujer como Ginés con la suya, debía estar en presidio. La franqueza con que Gonzalo había manifestado su disgusto y su antipatía hacia Ginés tenían tan entibiada la relación de los dos primos, que bien puede decirse que Gonzalo no visitaba a los Benalís sino para darles las Pascuas de Año Nuevo. Sin embargo, las madres de Gonzalo y Ginés habían sido amigas íntimas y tiernas.

Aquella noche, Gonzalo, al pasar la inevitable revista de palcos, había visto encuadrarse en el ocular de sus gemelos el grupo ilícito y descocado de Ginés y *Angeles peores*. El asombro le inmovilizó un momento, pues no creía que, a pesar de ciertos antecedentes y de no pocas exterioridades, llegase el marqués de Benalí a tal extremo hallándose presente su mujer. Por natural e impremeditado movimiento pasó los gemelos del palco de la Rojas al de la esposa ofendida, y aunque ésta se encontraba un poco retirada al fondo, desde el sitio que ocupaba Gonzalo pudo verla y sorprender, en el expresivo juego de su fisonomía, la amarga crisis sentimental que en aquellos momentos se producía en el alma de la señora. Sin darse cuenta del porqué, sintió Gonzalo algo que pudiera llamarse pena, como si la cuestión le interesase mucho más de lo que razonablemente le podía interesar, lo cual atribuyó al mismo hecho del parentesco, que entraña cierta solidaridad y así como hace partícipes de la gloria y los honores a los de la misma sangre, les envuelve también, cuando delinquen, en la misma deshonra. Sintió Gonzalo ira y se propuso cortar toda relación con su primo, aun las de mera cortesía que iba guardando y conservando hasta entonces. «No tengo —pensó— otro medio de protestar... Protesto en la forma que puedo contra ese badulaque. Y en acabándose el acto me voy, porque entre lo mal que cantan y el espectáculo que da Ginés, me siento estomagado.»

Cuando, subiendo bien la chalina de seda para tapar la boca, cruzaba Gonzalo el pasillo que conduce a la salida de la gente de a pie, detúvose admirado: por el mismo camino salían la marquesa de Benalí, acompañada de la Pimentel, que parecía darla el brazo y sostenerla. En la cara, en la actitud de la dama, se revelaban tan inequívocas señales de congoja y desfallecimiento, que Gonzalo se precipitó a ofrecerse, a preguntar, a prodiigar un auxilio que parecía indispensable, y fue tan oportuno, que en el mismo instante de emparejar con las dos señoras el primo de Benalí, Fernanda, vencida por sus nervios e incapaz de desahogarlos con la benéfica explosión del llanto, caía pálida y rígida en brazos de la Pimentel y era sostenida por Gonzalo con energía poderosa.

—No grite usted, no pida aquí auxilio —exclamó él, sin perder la sangre fría—. No le dé usted a... ciertas personas... el gusto de que se enteren. Déjeme usted a Fernanda y venga detrás...

Y cogiendo por la cintura a la dama, sin dar tiempo a que ni los acomodadores ni el empleado de la taquilla —únicas personas que andaban por allí— se enterasen del asunto, Gonzalo corrió hasta depositar a Fernanda dentro del primer coche de alquiler que esperaba a la puerta. Entró la Pimentel detrás, y Gonzalo escaló el pescante, dando al cochero unas señas y espoleándolo con el ofrecimiento de tal propina, que el desvenado alquilón salió echando venablos y desempedrando las calles, ni más ni menos que si lo arrastrasen dos *pur sang* llenos de brío.

IV

IMPETUOSA fue la carrera, pero corta, casi momentánea, pues tal vez no tardó tres minutos en detenerse brusca-mente a la puerta de una casa de buena apariencia, en la plaza de la Encarnación. Abierto y alumbrado se encontraba el portal, y Gonzalo, abriendo la portezuela, dijo a la Pimentel, que se mostraba entre curiosa y confusa:

—¿Ha recobrado el sentido? ¿Puede bajarse, o la bajamos como se pueda?

—Está mejor... Creo que puede bajarse.

—Sí puedo —respondió una debilitada voz.

Y Fernanda descendió del coche, mirando con sorpresa alrededor suyo. Ofrecióle Gonzalo el brazo, y en él descansó la dama, para franquear los dos peldaños de mármol, tapizados de terciopelo verde oscuro, que conducían al piso bajo o *garçonnière*, cuya puerta abrió respetuosamente un lacayito. Gonzalo hizo entrar a las dos señoras en la sala, que abrigaba el suave calor de la chimenea, y encarándose con Fernanda, a la cual acababa de instalar en un sofá, dijo:

—Si te sientes mejor, descansarás y tomarás una taza de tila con antihistérica, y te retirarás cuando ya no quieras seguir honrando mi casa; si estás lo mismo o peor, dilo francamente, para que llame al médico, que vendrá en un santiamén.

—Gracias, Gonzalo, estoy mucho mejor, acepto la tila, que acabará de reponerme —contestó Fernanda sonriendo, y algo menos descajada y pálida ya—. No sé qué ha sido lo que me ha dado, ni acostumbro desvanecerme así. Me parece ridículo, y me alegraré de que no se haya enterado nadie.

—¿Te sentías mal cuando te retiraste del palco? —preguntó Calderón con mal reprimida y aguda curiosidad.

—No, el síncope me acometió al salir. Sin duda el frío...

—Desazonada estabas ya, no lo niegues —intervino la Pimentel, indiscreta y vehemente como de costumbre—. Un color se te iba y otro se te venía.

—Lo noté —dijo sin reflexionar Gonzalo.

—Pues yo no notaba cosa ninguna —replicó Fernanda, acentuando su negación, como para prevenir frases que no quería escuchar, y que tampoco hubiese pronunciado Gonzalo.

—Y diga usted, salvador nuestro —exclamó la Pimentel festivamente—: ¿éste es su palacio?

—Mi choza —respondió él en el mismo tono.

—¿Chocitas con sofás de Aubusson y alfombras persas? No andan mal alojados los pastorcillos del día. A ver, enséñenos usted el rebaño y las ovejuelas... Lo que me parece es que hemos sido algo incorrectas —*very shocking*— en dejarnos raptar por este Melibeo. ¿Qué dirán los lores, luego, de nosotras?

—Las he traído a ustedes aquí —respondió el joven dirigiendo la disculpa exclusivamente a Fernanda— porque vivo a dos pasos del Real, y mi prima vive nada menos que en el barrio, y para llegar a su casa tendría que tardar media hora. Además, tal vez sea preferible que en su casa *nadie* se entere de que se indispuso. De todos modos, ella me juzgará, y si fui culpado, me condenará. Sentiría muy de veras haber andado torpe, y si Fernanda cree que aquí no está en donde más se la venera, o si sólo cree que su presencia aquí es por cualquier motivo inadecuada, que me retire inmediatamente la satisfacción y la honra que está haciéndome, y a las cuales le viviré siempre tan agradecido.

Fernanda fijó en Gonzalo los serenos ojos, y respondió con graciosa dignidad, ciñéndose más al cuello la estola de chinchilla que completaba su rica salida de teatro:

—Por Dios, Gonzalo, si sólo tengo atenciones que agradecer-te... Estoy aquí muy bien, y a nadie le parecerá otra cosa; me autoriza María, y a falta de María, nuestro parentesco y... *nosotros mismos*. En prueba de que estoy contenta, tomaré con mucha calma la tila. No tengas miedo, *nadie* me echará de menos...

Salió Gonzalo a dar órdenes, y quedáronse las dos señoras examinando curiosamente la salita, en la cual los estantes con libros y las repisas con antiguos bronces formaban la mejor decoración. En un ángulo, cubierto por ancha y bordada tela antigua, hallábase el largo piano Erard, uno de esos pianos de afinado tan distintos del vulgar y mesocrático *vertical*, que atruena a diario los oídos. Comprendíase que aquel piano era un amigo, un confidente, un compañero del que lo tenía en su habitación, y que cuando los dedos del dueño recorrían el teclado, debían de transmitir algo de su alma al marfil de las teclas. Algo parecido a esto se le ocurrió a Fernanda, y como se le ocurrió lo dijo, en tono confidencial, a María, oyéndolo Gonzalo, que volvía a entrar a la sazón, y que en el acto, sin remilgos de *virtuoso*, alzó tela y tapa, y se sentó, empezando una suave y ensoñadora divagación sobre motivos de Beethoven. Habíase sentado Fernanda vivamente en un sillón al lado del piano, y cerrando los ojos, recostando la cabeza en el respaldo mullido, dejábase llevar en alas de la música, advirtiéndole en sus nervios una deliciosa impresión de calma y como si todas sus fibras se relajasen y distendiesen, en una paz y un olvido profundo de todas las luchas y los dolores pasados. No era la música que Fernanda oía ningún prodigio de ejecución; no era Gonzalo ningún maestro de esos que *dominan* las dificultades; era sólo un corazón que guiaba una mano y que a veces gemía y se quejaba por medio de ella, y otras, por el mismo camino, ascendía al cielo de las ilusiones, entre rosadas nubes. Nota por nota iban cayendo en el espíritu de Fernanda como un refrigerio, tanto más dulce cuanto más inesperado y repentino, y una inexplicable sensación de ventura, una ola de juventud, corría por sus venas, llenando su pecho... Cuando Gonzalo, después de una vibrante serie de acordes matizados en firme *crescendo*, dejaba apagarse poco a poco la melodía y morir con una blandura quejosa que se parecía al gotear de las lágrimas, Fernanda sintió, como había sentido antaño al oír una copla popular, que se humedecían sus ojos, y avergonzada sin saber por qué, volvió la cara hacia la sombra.

Hay situaciones cuyo encanto consiste en que nadie las advierta, las defina ni las profane con una palabra o una observa-

ción indiscreta. Diríase que el alma tiene el mismo instinto de pudor que el cuerpo, y que no quiere ser sorprendida. Fernanda, atónita de sentir que lloraba, hizo lo posible por esconder el llanto y porque nadie observase aquel enternecimiento inexplicable y repentino. Pero la incorregible Pimentel, capaz de cualquier sacrificio menos de refrenar la lengua, se encargó de exclamar a voces:

—¡Calle! Ha puesto usted una pica en Flandes, Calderón... Es la primera vez que veo conmovida a Fernanda.

En ciertos momentos y ante ciertas indiscreciones, el que sepa tomar nota del proceder de un hombre puede decir que le conoce tan a fondo como si viviese en su compañía algunos años. Fernanda, a quien sus precoces desilusiones habían enseñado a desconfiar, temió instintivamente que Gonzalo, al oír a la Pimentel, fijase en ella una de las miradas que cuando no son inconvenientes son ridículas; y es indecible el bienestar que experimentó al ver que Gonzalo tan confuso como un niño volvía el rostro también, y levantábase para rehuir mejor el impensado triunfo... Fueron todas estas impresiones fugaces instantáneamente recogidas al fondo del alma por el sentimiento de las conveniencias; y cuando, un cuarto de hora después, Fernanda llevaba a sus labios la taza de tila y absorbía el primer sorbo, alabando el gracioso decorado del ejemplar de porcelana del Retiro, nadie hubiese sospechado que momentos antes una profunda y dramática situación se había producido entre aquella señora tan correcta en su amable familiaridad y gratitud y aquel caballero tan rendida y respetuosamente cortés. Las almas, un momento asomadas a los ojos, habían vuelto a cerrarse y replegarse; ya no rizaba el más ligero estremecimiento la superficie del rostro. Fernanda achacaba al malestar del síncope la emoción causada por la música, y Gonzalo se apresuraba a aceptar esta explicación y a corroborarla con observaciones propias. El auxilio de la desahogada María Pimentel fue eficaz para dar a la conversación un tono menos embarazoso y completamente libre de preocupaciones internas. Sin embargo, como la maldita charlatana era imposible que no llevase la entrevista a un terreno resbaladizo, la dio por alabar hiperbólicamente el orden y el *confort* de la casa de Gonzalo, y por relacionar este orden con su soltería.

—¡Claro! ¿Cómo ha de sentir usted la necesidad de una mujercita, si lo tiene usted todo hecho una tacita de plata? ¡Esta sala no podría estar más coquetona, aunque la arreglase la hada de las Perlas! ¡Digo! ¡Qué cortinajes, qué estufa, qué *bibelós*; hasta tiene flores frescas!

—Me alegro —dijo Gonzalo— que me lo recuerde usted, porque así podré ofrecer a ustedes algo que las agrade... Ya pondremos en el coche la canastilla —añadió—. Pero, mi discreta amiga, permítame usted que proteste enérgicamente contra ese criterio que usted acaba de manifestar. Soltero estoy, y mi casa no huele mal ni tiene telarañas; sin embargo, conste que ni tengo el mal gusto de jactarme de mi soltería, ni creo que los hombres deban casarse para que les barran bien el piso. ¿Qué tiene que ver, señora, dígamelo usted, por su vida, el más o menos *confort* que todo el mundo puede conseguir si tiene un criado bien enseñado, con la felicidad que sólo da una unión... como hay bien pocas? ¡Ah! ¡Si viese usted qué fatigado está uno de oír recomendar la vida conyugal como se recomienda la ropa de franela o el salicilato! Hasta se me figura que esas recomendaciones son, en parte, las que le tienen a uno soltero...

Oía Fernanda con toda su voluntad, pero callaba, pareciéndole, quizás por lo mismo que la conversación la interesaba tanto que casi la tenía suspenso, que el terciar en ella la causaría cierto rubor, como el que causa cometer una indiscreta demasia. Gonzalo prosiguió...

—Una de las cosas más hermosas y más grandes que existen es el matrimonio; pero pocas habrá más echadas a perder en general, por las costumbres y por esa ligereza casi brutal que todo lo gasta y lo bastardea, que todo lo arrostra y lo deprime. Créalo usted, señora de Pimentel: yo soy soltero... por culpa de ese medio ambiente deletéreo y malo en que se respira. Soy un hombre sin valor y sin convicciones, porque a tenerlas, me formaría mi mundo propio y daría un puntapié a ese mundo cuya vanidad conozco...; en fin, la conozco hasta el extremo de que me hace sufrir. Veo la verdad, la hermosura, lo santo, lo augusto, lo incomparable de ciertos lazos... y no lo sé realizar, no sé dar cuerpo a mi sueño. Imagino que podrá existir por ahí, por el mundo, por alguna parte, una mujer capaz de sentir como yo y de tener igual concepto de

la vida... y no me resuelvo a buscarla, porque el dolor de no encontrarla me asusta y me horroriza casi. El miedo al desengaño me impide agenciarme la dicha, y ahí tiene usted cómo soy un infeliz Tántalo, que ni aun se resuelve a buscar el agua con la boca...

—¡Ay hijo mío! —exclamó la Pimentel con fervor—. ¡Si me parece usted un santo y le voy a encender dos velas ahora mismo! Viuda estoy por lo mismo que usted soltero: por creer que todos los hombres (por lo visto, excepto usted) son unos pillos que merecen la horca.

—Señora, mire usted que yo... —murmuró Gonzalo riendo a su pesar.

—No, no, que usted lo dice con palabritas muy bordadas y por todo lo alto, y yo lo expreso con más lisura, pero que creemos lo propio: que ni hay mujeres para usted ni hombres para mí... Y que el buey suelto se lame tan ricamente.

—No es eso. Si yo... Me hace reír... señora... Si yo..., yo me lamo detestablemente. Hay días en que me encuentro tan inútil, me siento tan triste y tan solo... Pero dejémonos de estas tonterías —exclamó Gonzalo, comprendiendo que a poco más la conversación tomaría un tinte ridículo.

—He bebido la tila; me siento muy bien... Vámonos, María, después de darle a mi primo las gracias. Adiós, Gonzalo; no puedes figurarte lo que te agradezco tu amabilidad —murmuró la señora, incorporándose y buscando con la vista su abrigo, que Gonzalo se apresuró a traer y a colocarla en los hombros.

—Perdóname si no he sabido recibirte bien —dijo respetuosamente Calderón al ofrecerla el brazo—. Os acompañaré hasta tu casa en el pescante del coche...

—Te pido por favor que no... Prefiero que nadie sepa que... que me he puesto mala.

—Tienes razón. Nadie lo sabrá por mí —respondió Gonzalo en voz baja, con significativa vehemencia.

—Gracias —respondió ella en voz que, involuntariamente, hizo de miel la turbación y la simpatía.

Dentro ya del coche, la Pimentel dio a Fernanda al codo.

—¡Qué lástima, hija! Sin salir de la familia pudiste elegir mejor que tu maridito... ¿Sabes que este anacoreta que tiene su casa llena de flores parece cortado para tu genio?

—María —respondió Fernanda, ciñendo a su amiga los brazos al cuello—, si me tienes lástima, no aludas siquiera a ciertas cosas. Bien sabe Dios que siempre he mirado con horror a las mujeres livianas; que siempre la traición y el engaño me han parecido lo que son, un asco... Pero en este momento, ya ves, en este momento se me figura que antes que imitar a los que se revuelcan en su infamia..., óyelo bien, María, óyelo, ¡me arrojaría de una ventana del quinto piso! No es virtud, no es que me la eche de santa; es que creo que aun cuando me rodeasen ahora todas las seducciones del infierno y del cielo juntos..., no habrá quien me aparte de mi camino... ¡Caigan todos, menos yo!

—¡Ay pobrecita! —exclamó la Pimentel—. ¡Qué mala señal! Estás más enferma de lo que parece...

NADA transpiró de la escapatoria, porque dos de las personas en ella interesadas la callaban, quizás por recordarla excesivamente, y la tercera, la bulliciosa y provocativa María Pimentel, también supo callarla por amistad, por pasión, por el fanatismo afectuoso que la inspiraba la poco feliz marquesa de Benalí. Es de las cosas más difíciles, en la siempre ardua investigación de los móviles de los actos humanos, el saber si muchas acciones reprobadas no se inspiran tal vez en generosos móviles, y si a su vez ciertas acciones buenas en sí las dicta un motivo acaso censurable si lo depurásemos detenidamente. Sin duda que entre los sentimientos de la Pimentel —sentimientos que ella no se había cuidado de pasar por tamiz ni de encauzar rectamente, sino que los había dejado crecer como crecen lozanos e indisciplinados los brotes del árbol, echando ya frutos, ya espinas y nudosos ramos—, uno de los mejores y más nobles era el de la amistad; pero esta amistad revestía algunas veces formas egoístas: la Pimentel no quería ver sufrir a sus amigos, y por quitarles el frío una noche era capaz de prender fuego a Madrid por los cuatro costados.

Impetuosa en su cariño, la desenfadada viuda, aunque no profesaba abiertamente principios de relajación y de inmoralidad, ni mucho menos, olvidaba completamente la existencia de otros principios cuando se trataba de no ver padecer a los que quería. Para la Pimentel, que conservaba, como sucede a muchos, bajo la corteza del elevado trato social el sentir fogoso y sin freno de las clases populares, ninguna clase de principios existía, no había nada abstracto, nada que dependa de la ley moral; y sólo el hecho concreto, inmediato, de relieve, con sus ac-

cidentes sensibles, tenía valor y fuerza. Hay más: como toda persona dominada por el sentimiento la Pimentel no sabía calcular la serie de consecuencias y el reato de dolor y de infamia que lleva consigo muchas veces la satisfacción de un anhelo sentimental. Aunque la experiencia y la observación debieran haberla adoctrinado, jamás perdía la Pimentel las ilusiones del candor que todo lo ignora, y su mano no temblaba al combinar atrevidamente circunstancias y sucesos que podían causar terribles explosiones. Si alguna vez pensaba la Pimentel en los resultados posibles de su química insensata, lo hacía a la manera fatalista, confiando en la suerte y poniendo a «Dios sobre todo».

Hasta tal punto desoía la viuda los consejos de la experiencia, que, por ejemplo, al tratarse de Fernanda Benalí, creyose completamente autorizada para intentar buscar algún consuelo a su amiga, fundándose en las palabras que ésta había pronunciado en el coche, y que, según la impresionable María, eran prenda segura de que en ningún error censurable podía incurrir Fernanda. Después de tales protestas, de tal explosión de honradez, ¿qué temer ni qué recelar? ¿No era justo, *en cambio*, proporcionar a la sacrificada víctima algo de inefable y delicado consuelo?

Repito que tales cosas no las reflexionaba la Pimentel ni las formulaba así para su sayo. *Las sentía*, que es muy diferente. Cuando raciocinamos, puede el raciocinio echar abajo lo que el mismo raciocinio levantó sobre mezquinos fundamentos; pero lo que el sentimiento fabrica de un solo golpe, con el valor increíble de su potencia plástica, no lo destruye ni el ariete de mayor empuje. Ya hemos dicho que era difícil censurar o condenar, al menos en su origen, los móviles que a la Pimentel guiaban. En efecto, eran desinteresados y hasta tenían algo de hermoso en este caso concreto. Viuda intachable (ella decía que por conocer bien a los serpentones de los hombres), la Pimentel era capaz de creer que sólo un hombre merecía que en su favor se hiciese una excepción.... y este hombre había de ser el que pudiese aliviar las penas de Fernanda.

Un incidente de esos que parecen no abrir huella, pero que marcan una transformación en un espíritu, vino a empeñar más a la Pimentel en ciertos planes que ya acariciaba. Cierta día, al

entrarla el chocolate, diéronla con él un billetito, en cuyo sobre reconoció la letra de la marquesa de Benalí. El billete, muy lacónico, sólo decía: «Ven esta noche, a las once menos cuarto. Si te dicen que he salido, vuélvete a tu casa. Si no, entra. La explicación de este enigma ya te la daré de palabra, si es que esta noche no nos vemos.»

Otra menos viva y exaltada que la Pimentel se hubiese sentido picada de curiosidad al leer semejante epístola. Daba vueltas a su contenido, y cada vez lo encontraba más misterioso y extraño. Las vueltas que dio María a la carta no son para descritas. Forjó dos o tres novelas cada cinco segundos. Ganas la dieron de adelantar la explicación, pero tenía distribuido el día entero: almorzaba en casa de los Alcántaras, salía a paseo y tiendas con Conchita Minglán, tenía que no faltar al té de la Legación de Dinamarca, y comía después en casa de unos primos muy puntillosos y exigentes, los señores de Cardoné. Imposible desgajar, de día tan atareado, la hora necesaria para salir de dudas. Estuvo en todas partes distraída y preocupada, y antes de las diez y media pidió en casa de Cardoné que le trajesen un cochecillo, y salió en volandas hacia el hotel de los Benalís. «Sólo faltará —pensaba— que no me reciba, y que tenga yo que quedarme hasta mañana con el bollo sin cocer en el cuerpo.»

Respiró cuando el criado, saludándola de la manera entre respetuosa y familiar con que acogen a las personas gratas los domésticos bien amaestrados, alzó el portier pronunciando el sacramental: «Suba la señora. La señora marquesa está en sus habitaciones.»

María devoró la escalera, cruzó antesalas y salitas, y entró como un rehilete en la pieza donde hemos visto a Fernanda, de vuelta del *baile rosa*, contemplar su hermosura con algo de fiebre y de vanidosa satisfacción inocente, amargada por otras consideraciones de desdicha. «¡Fernanda, Fernanda!», gritaba la Pimentel, pero no recibió respuesta; y no encontró a su amiga, hasta que la tropezó con el pie... Fernanda estaba allí, pero caída, inerte sobre la alfombra. Temblando, precipitándose, loca de emoción, la Pimentel alzó a Fernanda y la arrastró al diván semicircular que rodeaba en parte el tocadorcito. Al pronto la creyó desmayada, pero luego hubo de convencerse de que no

había síncope ni ninguna privación de sentido, sino una especie de estupidez, un estado de esos en que el alma se niega a toda espontaneidad y no ejerce, por lo tanto, acción sobre el cuerpo, que queda como abandonado, semicadáver. La cabeza de Fernanda rodaba sobre el respaldo del diván; sus brazos caían a lo largo del cuerpo, y las manos, frías y pálidas, se abrían como para soltarse y desasirse de todo. Lo que más extrañó María fue ver a Fernanda vestida con primor y coquetería suma, arrugando aquel traje del baile rosa, aquella obra maestra del gran modisto, que sin duda la oprimía el talle y ayudaba a su malestar. La Pimentel, con presteza de mujer que conoce las artimañas del tocador, aflojó a su amiga, mientras las preguntas de rúbrica acudían a sus labios.

—Pero ¿qué es esto? Fernanda, ¿no tienes juicio? Hija, ¿quieres matarte? Infeliz, mira que lo primero eres tú... A ver, ahora mismo pido el té... ¿Te llevo a la cama? ¿Llamo al médico por teléfono en seguida? Monina, pobre, paloma... A ver. Di, ¿qué es esto?

—Gracias, María —dijo al cabo la Benalí, arrancándose el elegante corpiño y arrojándolo lejos de sí con tedio—. Tráeme la bata de franela, por Dios... y déjame que me rehaga un poco... Tu voz y tu presencia me hacen bien. Por favor, no llames a nadie.

Trajo la Pimentel la abrigada bata, y después de vestírsela a su afligida amiga, la calentó las ateridas manos llegándolas al pecho, y la besó cariñosamente en la frente.

—Ya sabía yo, María —dijo Fernanda por fin—, que esta noche no tendría más compañía que la tuya, ni más consuelo que el de tu amistad. Lo sabía, pero somos incorregibles..., y yo he querido que no me quedase ningún recurso por agotar, ni ningún remordimiento de no haber intentado todo lo que intentarse puede. Me han acusado de que mi altanería, mi reserva glacial, mi indiferencia, podrían ser la causa de que mi esposo...

—Ñoñerías del padre Alorda —exclamó furiosa la Pimentel—. Después de que tu marido te trata a puntapiés, quiere que le des confites. No he visto cosa más tonta que los santos, hija mía del alma.

—María —dijo Fernanda alzando la cabeza—, no juzguemos así a los que pueden darnos lecciones... La culpa habrá sido mía también esta vez; no habré sabido implorar, ni agradar, ni retener, ni decirle a mi marido todo lo que debe decirse para cautivar una voluntad y ablandar un alma. ¿Y sabes por qué no supe? ¡Lo dice quien conoce las almas mejor que tú y que yo! No supe... porque... ya no quiero a mi marido.

—¡Mira tú qué fenómeno! Pues es raro, porque un sujeto que tanto lo merece... Vamos, tranquilízate, ámate, cuéntame eso...

—No le quiero ya, María. Y mira, esto es mucho más horrible que lo otro: que la convicción de que él no me quiere... ¡Y cuidado que, cuando adquirí esta certidumbre, te aseguro que me pareció que se acababa el mundo! Pues mayor, más terrible ha sido la impresión de hoy: ¡convencerme de que no le quiero ya, de que ni un resto de aquel cariño sobrevive al desprecio y a la antipatía! Por eso he caído al suelo y me he revolcado en él; ¡porque esto es peor de lo que yo me temía!

—Pero ¿qué ha pasado, mujer? En resumidas cuentas, ¿qué ha pasado? Porque algo pasó muy gordo, hijita... A ver, entérame..., ¡si es que te sientes con fuerzas!

—Sí —respondió Fernanda, rehaciéndose con esfuerzo heroico—. Lo que ha pasado es bien sencillo. Historia de todos los días. Hoy era el aniversario de mis bodas. Siempre lo festejaba Ginés. Había regalito de joya, y *soirée* íntima. En tal noche siempre me sonreía la esperanza. Elegí esta noche para obedecer a los buenos consejos, para intentar algo, para mostrar mi herida y que me la curasen. Ginés, después de comer, mostró intención de salir. Hablé, rogué, agoté los medios todos..., algunos hasta indignos..., porque..., ya lo ves..., me puse así... este traje... ¡Qué vergüenza!

Hubo un instante de silencio; porque la Pimentel misma, ante el triste caso, sentía agotada su facundia.

—Hablé de esta fecha..., recordé otras..., todo lo hice, todo... Era mi marido, mi dueño legítimo, el único hombre a quien sin rubor puedo querer... Todo en balde: repulsa, frialdad, indiferencia... Y yo también, por dentro, indiferente, alegrándome casi de que se frustrasen mis esfuerzos... Y cuando ya le vi salir y comprendí que iba a casa *de ésa*, y conocí que no sólo no me

afligía, sino que casi, casi me regocijaba, isí, me regocijaba con amargo regocijo!, porque tampoco yo..., también yo..., entonces..., María..., entonces..., ¡ay de mí!, me aborrecí a mí propia, y me dejé caer en el suelo, y así estuve, deseando morir, hasta el momento en que tú entraste.

Seguía callando la Pimentel. Sin duda buscaba en los repliegues de su viva imaginación una fórmula que resumiese del modo más expresivo aquella situación extraña, inverosímil y, sin embargo, tan verdadera y tan profunda. Y como no la encontrase, salió del apuro con una de sus rabotadas, ora donosas, ora cónicas y hasta una miaja chulescas. Cruzose de brazos ante Fernanda; la miró hasta dentro del alma; sonrió picarescamente, y meneando la cabeza exclamó:

—Ya sé yo de qué mal se va a morir el marqués de Benalí, don Ginés Tavera, muy señor mío y de todo mi aprecio. Se le van a pegar los escrupulitos de su cara mitad, y como es enfermedad que no perdona, enterrarán juntos a los dos amantes esposos... Digo, a él le enterrarán con los *ángeles*.

VI

Y resolvió para su moño —bastante alborotado por más señas— la Pimentel que aquella situación era insostenible, y que a ella la competía tomar cartas en el asunto, buscando un medio de que a la pobrecita Fernanda la fuese más llevadera su espantosa soledad.

No pensaba en nada concretamente malo la Pimentel. Deseaba, sí, que su amiga se reconciliase con la vida, asiéndose a una de esas briznas de felicidad que crecen en el país de los sueños. Era poética a ratos la Pimentel, y hasta sabía perderse en los laberintos de las sutilezas más vaporosas. A pesar de su lenguaje crudo y pintoresco, de su malicia y de su trastienda mundana —que a veces remedaba conocimiento del corazón—, había un rinconcito para el culto del ideal en aquel espíritu que alguien creerá generosamente altruista.

Es más: al pensar la Pimentel en la buena obra a que se arrojaba, la sucedía enternecerse consigo misma y encontrarse bondadosa, semisanta...

Gonzalo Calderón había tenido la delicadeza de no enviar ni un recado a casa de la marquesa de Benalí. Su instinto de rectitud y la firmeza de su carácter le sirvieron para proceder, en esta ocasión, precisamente de la manera que más podía halagar los sentimientos de Fernanda. Cualquier oficiosidad, cualquier recado o pregunta, la hubiesen predispuesto mal. La reserva y el silencio dieron pasto a su imaginación. Hasta parecía que Gonzalo se había suprimido: en ninguna parte se le encontraba ni se le veía, lo cual, hecho sin intención, equivalía a la táctica más hábil. No oyó Fernanda por ninguna parte su nombre, excepto un día en que, a la hora del almuerzo, Perico Gonzal-

vo, convidado por Ginés, nombró por casualidad a Calderón, y el esposo de Fernanda, a quien sin duda tenía resentido y lastimado el alejamiento de su pariente, le puso de oro y azul, tachándole de raro, de hipócrita, de extravagante, de *tiniebla*, y de cobarde por último. Acostumbrada estaba Fernanda a oír estas despellejaduras entre varones, que se desuellan entre sí más cruelmente que las damas; pero el calificativo de cobarde, sin saber por qué, la hizo dar un salto en la silla, y el vaso en que bebía chocó contra sus labios, descoloridos repentinamente. Iba a protestar o a decir no sabía qué, cuando Gonzalvo, que solía ser franco y sincero en sus apreciaciones, sobre todo cuando no hablaba de sus enemigos ni de gente con quien hubiese sentido herido su amor propio, saltó diciendo:

—¿Cobarde Calderón? ¡Hombre, hombre! ¿De dónde sacas eso? Pues si es mozo muy terne, muy terne. Yo podría contarte...

Y Gonzalvo emprendió la relación de algunos hechos que dejaron bien puesta la fama del primo del marqués en lo tocante a la virtud más estimada en el varón. Cortó el elogio Ginés con impertinente grosería, insistiendo en sus cargos, sin fundarlos en dato alguno. La disputa se enzarzó, pues lo mismo Gonzalvo que Benalí eran porfiados y tenían la mala costumbre de aferrarse a cualquier afirmación gratuita y baldía, y sostenerla con un empeño como si les fuese la vida en ella. Dos o tres veces Fernanda, contrariada por las expresiones de su marido, dejó caer nerviosamente el cuchillo sobre el plato. Y en el momento en que el convidado se despidió, sorprendióle notar que la marquesa de Benalí, de ordinario tan reservada y grave, le estrechaba la mano con una especie de efusión violenta.

El mismo día en que señaló la hora del almuerzo este episodio, Fernanda, sabiendo que su marido comía fuera, avisó a María Pimentel para que a la hora de comer la acompañase. A los postres, pelando una mandarina, la Pimentel, sin más circunloquios, se dejó caer preguntando:

—¿Has vuelto a ver a Calderón, hija?

—No; ¿y tú? —respondió Fernanda, sintiendo que ardía su rostro.

—¿Yo? Que si quieres. ¡Si parece un capuchino! Pero tú, en el teatro...

—No ha vuelto al teatro —advirtió aturdidamente Fernanda.

—He oído decir —exclamó artera la Pimentel— que está enfermo, y que se marcha a no sé dónde de extranjs, si a Alemania o a Suiza.

¡Oh numen de la santa verdad, no le tomes en cuenta a la buena señora el calculado embuste! Tan certero fue su efecto, que Fernanda se sintió desfallecer.

—¿Enfermo dices?

—Creo que sí.

—¡Dios mío! Pues yo debo preguntar, debo enterarme...

—Acaso ya no esté en Madrid —objetó la Pimentel con redoblada perfidia.

—¡Qué disparate! No se marcha así la gente, sin despedirse y sin que los periódicos lo digan —replicó Fernanda, rehaciéndose ya.

—En cuanto a lo de su enfermedad —repuso la Pimentel—, no tardaremos en saber a qué atenernos. Voy a preguntar en seguida. Ahora mismo podemos tener noticias ciertas. En el acto.

—¿Y cómo? —exclamó algo sorprendida Fernanda.

—¿Cómo? Por milagro. ¿Cómo? Un serafín nos la traerá. ¡Inocentona! Con dar veinte pasos y arrimarte al teléfono.

—¿Tiene teléfono Calderón?

—¡Anda! ¿No lo sabías? Lo he mirado en el catálogo esta mañana. El doscientos cuarenta y siete.

Fernanda hizo un movimiento de sorpresa. No reparó en que era extraño que estuviese tan bien informada su amiga, sino sólo en que la pareció, por el hecho de tener teléfono Calderón que había estado todos aquellos días viviendo muy cerca de él sin notarlo y sin saberlo.

Corrieron las dos amigas al gabinete y no tardaron en oír resonar el timbre estridente que les anunciaba que estaban al habla con el primo de Benalí. Fernanda sentía latir su corazón con pueril gozo. Oír una voz y no ver la cara del que la emite es quitar la mitad del empacho y de la turbación que ciertas situaciones llevan consigo. El teléfono, que aleja, también aproxima, con misteriosa corriente de intimidad, causada por aquellas palabras

que suenan tan cerca de la boca, y que tienen algo de incorpóreo y de bajado del cielo. La imaginación puede en esto poner mucho de su inagotable caudal, y sin duda lo pone cuando median antecedentes como los que mediaban en el caso especialísimo de la marquesa de Benalí. Apoyados los dos auditores en ambos oídos, inclinada sobre la placa, ya vibrante, Fernanda tenía la voz empañada y conmovida cuando murmuró:

—¿Eres tú, Gonzalo?

—Yo soy, Fernanda —respondió un acento lleno y grave que no alteraba ni empequeñecía la transmisión por los hilos.

—¿Cómo estás? Me han contado que no andas bien de salud.

—Es cierto; pero no vale nada lo que tuve.

—¿Se puede saber qué fue? Habla más alto..., no te oigo ahora.

No se oía ni se podía oír, porque Gonzalo callaba, buscando una fórmula discreta. Al fin la placa tembló y Calderón dijo precipitándose:

—Cosas de los nervios... Un poco de neurastenia, dice el doctor. Nada entre dos platos. ¡Cuánto te agradezco tu bondad!

—Es una bondad por fuerza —contestó Fernanda afectando reírse—. Como no te has dignado dejarte ver...

—Temía molestarte, Fernanda; pero si me das tu permiso y me señalas una hora no importuna...

Vaciló Fernanda: sin saber por qué, tan sencillo y previsto ruego le parecía difícil de otorgar, extraño, embarazoso.

—¿Qué pregunta? —intervino la Pimentel—. ¿A que pide hora y tú no sabes dársela? Yo contestaré.

Y arrebatando los auditores, lanzó como una bomba un «¡Buenos días, amigo Calderón! Soy yo, María Pimentel... Lo digo porque a mí no me conocerá usted por el habla...»

—Pues sí que la hubiese conocido. ¡Cuánto gusto..., aunque sea gusto incompleto pues no la veo!

—¿Galantería? ¡Ay, qué gracia! Si en efecto quiere usted vernos, lo que se llama *ver*; dice Fernanda que no tiene más que venir cualquier noche que no sea de turno primero... A las diez empieza nuestro *raout*... Lo malo es que, de tan concurrido, faltan sillas...

—No, si hay mucha gente..., entonces...

—¡Miren el erizo! Estaremos Fernanda y yo, yo y Fernanda...

Y la empecatada señora repitió más de veinte veces el «yo y Fernanda», riéndose al suponer la cara que pondría Calderón. Cuando se apaciguó la explosión de risa, la voz de Gonzalo dijo con cierta timidez:

—No importa; entérese usted de si a Fernanda le parece buen día el miércoles próximo...

—Que excelente. A las diez o diez y media... En vez de tila, se le dará buen té de la Caravana.

—Pues adiós, señora.

—Hasta el miércoles, ermitaño.

El más rígido censor y el observador más minucioso no encontrarían en aquella velada del miércoles nada que pudiese despertar su suspicacia ni justificar sus recelos. La natural reserva y la delicada modestia de Fernanda, la cortesía y el respeto de Calderón, neutralizaron lo que tenía la Pimentel de arriesgada y de confianzuda. Se habló de mil cosas agradables, entre las cuales el arte ocupó preferente sitio; se preparó allí mismo, sobre la mesilla de ébano incrustada de lozas de Wegdwood y traída de Londres para tal fin, un exquisito té, hecho en tetera de barro japonés —debidamente abrigada con el acolchado gorro de seda que reconcentra el aroma y almacena el calor para la segunda taza—, servido en tacillas de porcelana *cáscara de huevo*, que casi no se sienten entre los labios, y para mayor atractivo, presentado y ofrecido por Fernanda misma.

Contábase Calderón en el número de los pocos hombres que pueden sentir el encanto y la dulce intimidad de una velada pasada así. La noche que había tenido en su casa a las dos señoras —noche, sin embargo, de tan imborrables recuerdos para él—, el azoramiento, lo tasado de la hora, la evidente contrariedad de Fernanda, no le habían permitido saborear la imprevista y delicada sorpresa. Pero aquella primer noche en que Fernanda le recibía demostrándole impensada confianza y agradecimiento; aquel gran silencio del hotel, apenas turbado por el lejano rodar de algún coche; aquella habitación templada y cerrada, con sus muebles de tonos pasados y finos, alumbrada suavemente por bien colocadas lámparas; y sobre todo la silueta de Fernanda, su figura realzada por el traje de terciopelo gris y la gorguerilla de pluma oscura que realzaba la garganta; el vaivén

del brazo saliendo de una manga floja, al presentar la taza del té o el diminuto vaso tallado con asa, lleno de exótico licor, eran otros tantos pormenores que Calderón no había de olvidar jamás. A la inmensa mayoría de los hombres de la edad de Calderón —que ya es edad de malicia perversa—, tal vez les sugiriese la agradable velada pensamientos o planes de esos que, si se formularsen concretamente al exterior, harían huir abochornada a la mujer de menos decoro; pero Calderón, sin haber presumido nunca de santo, era lo bastante refinado y tenía suficiente buen gusto y acaso discernimiento para no echar a perder un goce del alma encenagándolo interiormente. Así es que, sin esfuerzo, sin tener que recurrir a ardidés de disimulo, su actitud durante la velada fue de tal respeto, de tan evidente corrección y a la vez de tan sincera complacencia, que Fernanda perdió poco a poco el miedo y la alarma que en ella había producido el paso de admitir por primera vez a un soltero en su trato no estando su marido presente, y a su vez se mostró más abierta, más franca, más desprevenida, lo cual contribuyó a aumentar el encanto de la velada íntima. Calderón recorrió el teclado del Pleyel, no tan largo tiempo que cansase, ni tan poco que no detallase dos o tres de las más elegantes y caballerescas mazurcas de Chopin; celebraron las picantes ocurrencias de la Pimentel; comentaron algunos sucesos mundanos recientes, encontrándose con esa conformidad de opiniones que ratifica la simpatía (cuando no engendra el aburrimiento); y al separarse a las doce, ni Calderón ni Fernanda creían que se pudiese disfrutar tanto ni con tanta inocencia, en una noche y en una sosa velada casera. La que no alimentaba esta peligrosa confianza era la Pimentel; pero si alguien la preguntase cómo había transcurrido la noche, era segurísimo que la Pimentel diría que «como los santos».

VII

DE la confianza y el descuido vino la reincidencia. Fernanda no tuvo reparo en que las veladas en que recibía a Calderón fuesen, primero, semanales; después, más frecuentes. Establecióse la costumbre de un modo insensible, fomentada por las oficiosidades de María y por la inclinación de los dos que aún no sé si llamar culpables. Establecióse la costumbre, sin que ninguno de los tres que la plantearon pudiese decir hasta dónde llegaba su parte de responsabilidad, ni menos hubiese calculado la dirección en que lógicamente tal costumbre había de arrastrarles. Pocas personas se dan cuenta de que al franquear el umbral de una casa se puede pasar el Rubicón del destino, y que una acción en apariencia indiferente decide a veces del porvenir. Quizás Calderón, que a fuer de hombre conocía la vida mejor que Fernanda, vio más claro que ella desde el primer instante; pero aun siendo Calderón lo que se conoce por *hombre de honor*, no encontraba, ni en sus vacilantes creencias ni en el ambiente de la sociedad en que vivía, nada a que asirse para resistir a una corriente que le arrastraba con tal encanto. Era Calderón uno de los muchos seres —entre los más escogidos, sin duda, que en nuestro siglo alientan— que no por falta de cualidades, sino por falta de un ideal a que aplicarlas, pueden decir con lágrimas interiores que no han encontrado su camino, y que marchan en tinieblas y en incertidumbre. Sus gustos selectos su noble orientación moral, su horror por todo lo vulgar, bajo y vil, su repugnancia a la traición y al dolo, y la piedad lírica de su alma, todos estos elementos dispersos —que coordinados por una fuerte idea ética o religiosa le hubiesen llevado a una vida moral, digna y ejemplar para los demás hombres—

le impulsaban, por el estado anárquico en que existían en él, a la irregularidad, a la mentira y al desorden de una pasión ilícita por Fernanda.

El caso de Calderón, si sobre él reflexionamos, prueba que los mejores y más hermosos sentimientos no hacen bien, sino daño, si no los regula una ley superior y más desinteresada que la conciencia individual.

Calderón empezó a interesarse por Fernanda por motivos que le honran: la vio abandonada y vendida, y se indignó contra el traidor que escarnecía la santidad del matrimonio; la vio reservada y honesta, y entonces la encontró hermosa; la vio infeliz, y sintió compasión y deseo de acorrerla en su desdicha. Respecto interiormente, y tuvo a raya sus ojos y su pensamiento para no mancillarla y no mancillarse; pero esta delicada labor psicológica no era sino la base de otros sentimientos que tenían que nacer y surgir y estallar derribando cuanto se les opusiese.

En cuanto a Fernanda, también fueron las mejores cualidades de su sensibilidad y las más nobles direcciones de su espíritu las que en esta ocasión la ponían en inminente riesgo. A haber sido Fernanda como la mayor parte de las mujeres, la disipación, la ociosidad la vanidad y acaso una superficial galantería serían suficientes para consolarla del naufragio de su amor conyugal. Pero Fernanda ni sabía, ni podía, ni quería renovar el ensayo de vida mundana. A cada instante comprendía mejor que era nacida para el cariño leal y sólido, para la efusión no interrumpida de un alma en otra alma, para la verdad y la firmeza, para la renovación constante de los afectos y para el horror a toda desviación de los dulces deberes que crean. Y por lo mismo tenía que atraer a Fernanda con magnético poderío el hombre que pudo haberla ofrecido todo eso, porque también él sentía y entendía lo mismo que ella la vida y la felicidad. Y si Fernanda hubiese sido de esas mujeres que arden como yesca, su propia alteración la serviría de aviso para cautelar; pero en los primeros tiempos su complacencia en el trato de Calderón fue tan inocente, tan serena, tan limpia y armoniosa, que jamás pensó que pudiese variar de naturaleza, ni que aquella alegría pura y sencilla perdiese su eficacia. Y con aquella alegría bastó, en efecto, a Fernanda al pronto para ser

feliz. La semana transcurría en espera del día señalado para la venida de Gonzalo: todas las ocupaciones y los planes se modificaban en expectativa de aquellas breves horas. Por tácito instinto de delicadeza, Fernanda aplazaba o adelantaba el día, según la posibilidad que de acompañarla tuviese María Pimentel, y si ésta no podía venir, dilatábase la reunión todo lo que fuese preciso, pues sin testigos no consentía Fernanda recibir a Gonzalo. Tácitamente también, las dos amigas hacían de manera que la encargada de transmitir a Gonzalo los avisos por teléfono fuese la Pimentel; y al dar aquellas inocentes citas, María empleaba fórmulas misteriosas que luego las hacían reír, y diciendo, verbigracia: «Mañana hay carreras» o «No falte usted al estreno del viernes». Ya era cosa convenida entre la solícita amiga y Calderón que el nombre sagrado de Fernanda no se expusiese a los malévolos comentarios de la Central. «A mí, que me despellejen cuanto quieran —añadía la viuda—: y murmuraciones de pícaro hacen echar buen pelo.» Y estos arreglos y combinaciones creaban entre los tres interesados en el silencioso drama de la naciente pasión un lazo como de complicidad, sin que realmente tuviesen nada que ocultar, al menos en lo que cae por fuera.

Algunas veces había manifestado Fernanda a Gonzalo temores de que la costumbre de fijar ella el día de las íntimas veladas pareciese algo como imposición, y de que Gonzalo, al someterse a ella, rompiese o modificase planes anteriores. En la respuesta de Gonzalo, ardorosa y explícita, iba encerrada la más vehemente protesta: Gonzalo no tenía ningún plan, ocupación alguna, que le importase lo bastante para impedirle asistir a casa de su prima el día que ella quisiese. «Ya ves tú si tendré yo ocupaciones que me importen —añadió—, que cuando vine aquí por primera vez había resuelto salir a viajar.» Y Fernanda, al oír esta frase, volvió la cabeza y sintió una llamarada de fuego que pasaba por sus ojos y sus mejillas.

Sin proponérselo y sin artificio alguno; rehuyéndolo, al contrario, porque estaba en su manera de ser el rehuirlo, Calderón procedía como hubiese procedido el más refinado seductor. Su actitud llena de respeto, su cuidado exquisito en no traspasar los límites de la confianza que se le concedía, su manera de pronunciar aquel *tú* autorizado por el parentesco de afinidad y que

en sus labios sonaba como reverente, y más que todo, la melancolía y la soledad de la vida, que Fernanda adivinaba, causaban en ella esa emoción de la lástima que tanto se parece a la emoción sexual, y que tan a menudo la origina. La presencia de María Pimentel, impidiendo la posibilidad de toda expansión peligrosa, hacía a Fernanda entregarse sin recelo a la involuntaria exaltación que la producían aquellas noches tan excepcionales en su árido vivir. Con mantener el firme propósito de no recibir nunca a solas a Gonzalo; con advertir que tampoco Gonzalo trataba de quebrantar esta consigna, creíase Fernanda en terreno firme y segura de todo temor y de todo reproche.

¿Podrá darse cosa menos reprehensible que las veladas aquellas? La conversación era general, animada por la charla de María. Calderón no pecaba de locuaz ni de verboso, pero cuando hablaba hacía lo con discreta oportunidad, demostrando más que mediano entendimiento y apreciando las cosas de un modo ajustado y elevado siempre. Mientras las señoras trabajaban en matizar un tapiz heráldico destinado al comedor, y los dedos ágiles y largos de Fernanda escogían los sueltos estambres de vivos colores y enhebraban la gruesa aguja, Calderón dejaba correr las manos por el teclado, o leía las noticias y los telegramas en el número todavía húmedo de *La Epoca*, acabada de traer. La hora del té llegaba pronto, y ya había en el té una nota más íntima, pues Fernanda hervía el agua en un *kettel* de plata traído de Hamburgo, allí, en la misma chimenea, sin permitir que en la cocina interviniesen para nada en los preparativos. Cada día esmerábase en descubrir alguna golosina nueva para ese té: ya una galleta inédita, ya un rosco castizo y sabroso, ya algún *plum* raro y genuino, recibido directamente de Londres la mañana misma.

Como toda mujer que no es feliz, Fernanda no había perfeccionado sus aptitudes de ama de casa atenta y solícita, ni cultivado esa poesía del bienestar interior que tanto puede atraer al hombre; pero al contacto de aquella amistad, de aquel interés hasta entonces no disfrutado, sentía Fernanda desenvolverse ese talento tan propio de su sexo, y una ojeada a la salita, tan graciosamente adornada con flores siempre frescas, revelando en los menores detalles el cuidado que da a cualquier cosa un in-

terés del corazón, bastará para indicar al experto que la mujer que así arreglaba su cuarto esperaba a alguien que para ella representaba la ventura.

De las tres personas que allí se reunían y que tanto estimaban el goce de reunirse, una había menos conforme con la situación, y el lector menos perspicaz adivinará que era María Pimentel. La confesión que estaba al borde de los labios sin querer salir, la Pimentel creía que ahogaba a Fernanda y a Calderón; la soledad que no deseaban, la Pimentel creía que era su mayor anhelo; la ocasión temida y rehuida, la Pimentel se imaginó que debía ella ser el duendecillo que la proporcionase... ¡No, sin maldad!; porque la Pimentel no tenía ánimos de que nada malo ocurriese. ¿Malo? ¡Si con Fernanda lo malo era imposible! «Pero entre la maldad y no poder cruzar dos palabras sin que haya quien las oiga..., va muchísima diferencia, reconozcámoslo.» ¡También es terrible la tensión de no encontrarse jamás en libertad dos que se... aprecian! Y María se calificaba a sí propia de estorbo, de impertinente, de espantajo...

Dado este modo de pensar, a nadie debe parecer extraño que un día de los señalados, habiendo convenido en estar a las nueve y media en punto en casa de Fernanda, María se retrasase hasta las once. A las diez llegó Calderón —hora acostumbrada—, y al encontrar sola a la marquesa de Benalí le causó tal impresión de sorpresa, que se quedó en la puerta, indeciso acerca de si debía o no pasar. Y casi en el mismo momento se avergonzó de su perplejidad, pues envolvía algo de ofensivo para él y para la misma Fernanda. Ésta, al ruido de los pasos que conocía: al comprobar, aun antes de que se alzase la cortina, que quien entraba era Gonzalo y no la Pimentel, se había puesto en pie como para despedirle con la actitud; pero al verle detenido en la puerta, un movimiento involuntario la hizo exclamar: «Adelante, Gonzalo, buenas noches.» Entonces él se precipitó, tropezando en la piel de oso polar que señalaba el sitio del costurero y en la cual apoyaba la señora los pies.

Las manos tendidas encontraron las de Fernanda, y las cogieron y no las soltaron ya. Confusos, silenciosos, trémulos, sin mirarse, permanecieron así un minuto, durante el cual Fernanda vio clarísimamente en su corazón, a la luz de una emo-

ción tan violenta, que cortaba en su garganta la voz y casi nublaba la luz en sus ojos. El sueño del cariño inocente, del idilio sin culpa ni mancha de la comunicación amistosa sin consecuencias, se evaporó al calor de las palmas de Gonzalo. Y lo que más espantó a Fernanda fue notar que, lejos de sentir indignación contra sí misma, de encontrar en sí aquella energía ante el mal, que no sólo lo precave, sino que le aplica su verdadero nombre, sentía sólo el ciego impulso del ansia de dicha, la tensión de la voluntad hacia el objeto secretamente codiciado. La frase más vulgar, pero infalible en tales casos, acudió a su boca, y con quebrantado acento gimió:

—Gonzalo, vete.

—No me iré, porque *lo extrañarían*: acabo de entrar —respondió Gonzalo, a quien no abandonaba ni en tan crítico momento el instinto de proteger a Fernanda—. Vete tú... Yo aquí aguardo a María Pimentel.

Una sonrisa de inefable agradecimiento iluminó la cara descolorida y algo desencajada de Fernanda; serena ya, alzó la vista y la reposó en el semblante de Gonzalo. Nunca había notado tanto como entonces el parecido de Gonzalo con el marqués de Benalí, pero la diferencia de la expresión y del alma tampoco eran nunca más evidentes. Gonzalo sonreía enajenado también, porque no hay hombre alguno, a no ser un ridículo fatuo, que esté seguro de los sentimientos de una mujer mientras no los comprueba. De pronto Fernanda arrancó sus manos, las apretó sobre el corazón, y salió de la estancia. En vano aguardó Gonzalo a que llegase la Pimentel. Ésta, creyéndose muy diplomática, no vino hasta las once; pero a las diez y media, Calderón no creyó prudente dilatar más su espera, y se retiró.

VIII

MIENTRAS Gonzalo se había quedado solo en el saloncito y lo medía con paso febril, Fernanda, a oscuras en su tocador, desplomada sobre su diván, prestando oído a pesar suyo a los ruidos que del interior de la casa venían, se encontraba en uno de esos estados de anonadamiento que suprimen de tal manera las energías morales, que nos impulsan a entregarnos a la fatalidad.

Y es que reconocía con espanto aquella mujer, sincera y leal hasta cuando la dominaba la pasión, que dentro, en su propia alma, se habían roto todas las vallas y todos los diques que podían sostenerla, y que no tenía ya a qué asirse, por lo cual la caída era segura en plazo más o menos corto; y sobre todo, la caída *interior*; que a fuer de espiritualista tenía más importancia para Fernanda, era ya evidente. En aquella oscuridad que casi siempre presta claridad a la conciencia, Fernanda veía que no quedaba en pie ni uno solo de los apoyos en que podría sostenerse para llegar a *no querer* la caída que ahora deseaba con toda su alma; y el deseársela así era lo que no soportaba su espíritu, lo que la hacía tenerse en poco a sí propia y sufrir la más dolorosa humillación que sufrir puede un ser delicado, una selecta organización moral. «Estoy a la altura de Ginés —pensaba—, a su nivel, a su propio nivel, pues no siento horror ante la posibilidad de la degradación, ni encuentro nada que me estorbe cometerla. Siento en mí vivo y firme el deseo de lo que ya ni casi me parece delito; a tal estado ha llegado mi conciencia, embotada quizás por seis años de penas y de humillaciones. Así como el que se siente atraído por una gran altura con el hormigueo del vértigo conoce que va a despeñarse y sin embargo prosigue an-

dando, yo sé que andaré, y aprisa, y que no hay quien pueda salvarme de esta impulsión. ¡Salvarme! ¿Y a quién le importa que yo me salve? ¿Hay en el mundo alguna persona que se interese por mí, que se mire en mi honra como en un espejo, que se goce en mi bien, que me estime lo bastante para querer estimarme siempre? ¡Sólo sé de *una*, y es precisamente *el* que, por fatal anomalía, no puede darme honra y puede quitármela!»

Parecerá extraño, sin duda, a los que no han estudiado bien el estado moral de la mujer moderna, tal cual la forma el ambiente de nuestro siglo, que Fernanda no encontrase, en aquella hora crítica de su vida interior, ningún asidero, nada en qué sostener su personalidad para conservar alta y firme. La mujer moderna sufre, aunque a distancia, la misma crisis que el hombre: sus creencias religiosas están debilitadas y carecen de vigor; quizás no lo sabe ella misma ni se da cuenta de ello; quizás se enojaría y protestaría si se lo afirmasen; mas no por eso es menos cierto que padece esa funesta enervación, esa parálisis progresiva del sentimiento más noble y más racional de todos, que es el que nos enlaza con la causa suprema de las cosas. No ha sido atacada la religiosidad en la mujer (salvas contadísimas y bien raras excepciones) por el racionalismo, por la lectura y por el análisis; no la ha combatido la duda; pero la ha contagiado la indiferencia. Al ver que el hombre se desvía, la mujer, si no se desvía precisamente, al menos no siente la necesidad de acercarse a la gran fuente de vida y de verdad, al gran consuelo, a la única tierra prometida del espíritu.

Apagado el fervor religioso, no tiene tampoco la mujer abiertos los caminos por donde el hombre puede emplear noblemente su actividad y combatir esas enfermedades morales que se llaman *pasiones*. ¿Qué podría hacer Fernanda de sus horas sobrantes? ¿A qué dedicarlas que la interesase y absorbiese lo suficiente para sacarla de sí misma y llevar en otra dirección su pensamiento? Encerrada en su casa y exaltada por ese encierro la imaginación, Fernanda comprendía que si la mujer vive para los afectos de la familia, el día en que esos afectos vienen a faltarla, su vida carece de objeto y de finalidad, y va como el barco a merced de las olas. De esta convicción nació en la desdi-

chada marquesa de Benalí una resolución extrañísima, que probará al que reflexione bien sobre ella que las contrariedades y las penas pueden alterar momentáneamente la razón y sugerir las más singulares ideas y hasta delirios. Como si se la hubiesen presentado en un calidoscopio, Fernanda repasó su vida futura y comprendió que iba a ser lo mismo que la de tantas y tantas mujeres, ocupadas en labrarse una felicidad culpable y secreta que no eche por tierra su situación ante el público. La dama sentía que en su conciencia estaba vivo y fuerte, a falta de otras cosas, el amor a la verdad y la repugnancia más profunda e invencible al disimulo y a la duplicidad infame; y lo único que no se sentía con fuerzas para aceptar era la vida enmascarada de la mujer que aparece de una manera y es de otra, que pertenece ante la ley y la sociedad a un hombre y ocultamente a otro, que oye en un salón comentar las faltas ajenas y tiene para ellas obligadas frases de censura, pero que palidecería y hasta caería desmayada si alguien refiriese allí su propia historia. No; Fernanda no quería ser esa mujer, ni vivir así, ni someterse a la situación general de las mujeres que caen. Unido este inquebrantable propósito a la no menos fulminante e indestructible convicción de que pagaba la pasión de Gonzalo en la misma moneda, y que no podía amputarse el corazón, Fernanda sólo vio una solución posible en el porvenir. Era la solución tan terrible, en cierto modo tan trágica, y de seguro tan inusitada y poco común, que al pronto la misma Fernanda pensó en ella con terror y tuvo horas de fiebre y extravío. Los combates de aquellos días fueron de esos que el mundo no ve, que no salen a la superficie, que se anegan en una taza de tila, que se disimulan detrás de un pañuelo de encaje y con el pretexto de una jaqueca insufrible o de unos vaporcillos que no alarman, pero que causan un estrago interior equivalente al paso de diez años sobre la cabeza de una mujer. Fernanda miró a su alrededor y se vio sola, sola, inútil; nadie la necesitaba, ningún vacío dejaría su desaparición en aquel mundo insustancial e indiferente: se hablaría del asunto quince días, ocho, quizás menos; se ensañarían un poco con ella, pero al punto las olas se cerrarían sobre el cuerpo caído al mar, y ni señal quedaría en la superficie de la no observada desaparición.

Clavose tan adentro la fatal idea en la mente de Fernanda, que ya, en vez de rehuir verse a solas con Gonzalo, deseó —como se desea todo lo que nos saca de la indecisión y resuelve de una vez el porvenir— verle nuevamente, y en circunstancias en que pudiesen hablarse con alguna libertad y detenimiento. No cabía en el modo de ser de Fernanda, sin embargo, buscar ocasión propicia pero para algo están en el mundo las Pimenteles. María pensaba que la primera ocasioncilla había fructificado; atribuía la palidez y el decaimiento visible de Fernanda a la lucha del honor con el deber, y creía que el mejor medio de aliviar los padecimientos de su amiga era repetir la habilidad de aquella memorable noche; anunciarse, pero no presentarse. Así lo hizo, sólo que Calderón, invariable en su respetuosa línea de conducta, no quiso entrar cuando no había nadie aún. Ideó entonces María otra cosa, y fue, mientras duraba la velada, salir con cualquier pretexto y permitir así a los dos enamorados —pues tal nombre se les puede dar ya— que conversasen libremente algunos minutos. Era, sin embargo, tan embarazoso y difícil lo que ambos tendrían que decirse, que fue preciso que las ausencias de María se repitiesen para que surgiesen las palabras en los labios de los dos. Fue cabalmente un arranque de dignidad de Fernanda lo que dio pie a que la situación se aclarase.

—¡Cuánto agradezco que nos dejen solos un momento! —murmuró Gonzalo—. Así puedo preguntarte por qué estás... enferma. ¿Qué tienes, Fernanda? ¿Cómo tan desmejorada y triste?

—María es tonta —respondió Fernanda colérica—. Estas salidas me desagradan, me repugnan.

—Ya sabes que yo no he de abusar de ellas —respondió Calderón en voz opaca, dando vueltas a los estambres con que maticaba la señora su labor—. Ya sabes, Fernanda, que no he de darte ningún disgusto. Por ahorrarte el más pequeño, no te quiero decir de lo que soy capaz, porque tal vez no lo creyeses. Fernanda, si es culpa mía el que estés tan triste, tan abatida, con ese color y ese semblante, me iré, no vendré más. A nadie quiero disputar el privilegio de hacerte infeliz. El de hacerte dichosa sí que se lo disputaría al universo. ¿Entiendes, Fernanda? Mándame, échame, pídemelo que se te antoje..., pero no estés así.

Fernanda callaba, no por confusión ni porque no tuviese qué responder, sino por una impresión tan fuerte que hacía temblar levemente sus manos al revolver las blandas y sueltas lanas en el ligero canastillo. Las palabras que pronunciaba aquel hombre eran tan exactamente idénticas a las que Fernanda suponía de antemano que debía pronunciar; correspondían tan bien a la nota de abnegación, desinterés y protección que esperaba de él, que una onda de deliciosa beatitud caía como bálsamo sobre su corazón dolorido y aceleraba su movimiento, mientras un suave calor circulaba por sus venas.

—¿No respondes, Fernanda? —insistió Gonzalo, equivocándose respecto a la naturaleza de la emoción de la señora—. ¿Quieres que no vuelva más por aquí?

—No es eso —respondió ella haciendo un esfuerzo visiblemente trabajoso, y hablando ya con resolución y energía—. No es eso, Gonzalo.

—¿Pues qué es? ¡Por Dios..., háblame con toda sinceridad!

—No es posible. No sé hablar así, con la angustia y el recelo de que nos oigan. María vuelve cuando menos se piensa; me encuentra alterada, y piensa o malicia cualquier desatino... Necesito hablarte con tranquilidad.

Una alegría repentina y profunda cambió el rostro de Gonzalo, que balbuceó:

—¡Cuando quieras..., como quieras! Pero ¿dónde..., dónde?

—Aquí —respondió Fernanda con dignidad—. ¿Dónde había de ser? Ven... por la tarde..., a las cinco..., mañana... No; mañana no; el viernes.

La dicha inesperada causa un vértigo de ideas y de sensaciones que al pronto suprime la razón. En este estado siéntese vacilar las piernas y pasar lucécitas delante de los ojos. Esto sucedió a Calderón al recibir aquella prueba tan clara y tan evidente de que Fernanda admitía la inteligencia entre los dos, que ya no le despedía, que quería conversar con él, una conversación decisiva, sin duda, algo que puede decidir de dos destinos... Gonzalo Calderón recibía este acontecimiento con mayor sensibilidad que otro hombre, porque si bien no era enteramente novicio, como no lo es nunca el hombre de más de treinta años, al menos no había experimentado nunca lo que puede llamar-

se pasión hasta conocer a la marquesa de Benalí, hacia la cual le atraían como hemos dicho, esos sentimientos nobles que son el peor cebo de las pasiones profundas.

—El viernes vendré... y no te arrepentirás nunca, Fernanda...

¡No, por la memoria de mi madre..., no te arrepentirás!

—¡Quién sabe! —respondió Fernanda tan bajo como si se hablase a sí propia.

—Yo lo sé.

—Sólo Dios —contestó ella, levantándose y buscando como pretexto de ocultar el rostro el prender fuego a la estufilla del *kettel*.

IX

C UANDO Gonzalo entró de día en la salita donde sólo había estado de noche, Fernanda, que le esperaba de pie, le tendió las dos manos, y Calderón notó más que nunca, con duplicada piedad, el estrago que sin duda las contrariedades habían causado en el rostro de la dama, y receló, con recelo generoso, que jamás conseguiría devolver a aquel hermoso semblante la alegría y la frescura, ni el sosiego a aquel atormentado espíritu. Y no sabiendo qué decir, se contentó con apretar vigorosamente, en rápida demostración amistosa, aquellas manos frías, casi inertes.

—Gonzalo —dijo la señora apenas se sentaron, muy cerca el uno del otro, ella en el sofá, él en el sitial de cuero—, ahórrame el trabajo de explicarme y de decirte lo que tengo que decir; hazme el favor de adivinarlo... Esta conversación que vamos a tener será difícil y penosa para mí, si tú no me ayudas y si me he equivocado al suponer que eres capaz de interpretar mis pensamientos..., el fondo de ellos, lo más íntimo.

Gonzalo reflexionó un instante. Era de esos hombres de extremada aunque reprimida sensibilidad, a quienes exalta y enloquece la soledad y la distancia, pero que en presencia de la persona querida recobran la lucidez y el dominio de sí mismos, junto con la noción de la realidad estricta. La noche anterior, entre los embriagadores sueños de la cita ansiada y tan próxima, entre los desvaríos del que todo lo espera sin dejar de tenerlo todo, Gonzalo Calderón había comprendido que fecha muy grave tenía que señalar en su vida y en la de Fernanda aquel día, y que al pasar el umbral de la casa de Benalí caminaba hacia su destino. Todas las formas, todas las contingencias

de ese destino, desfilaron por su imaginación acalorada; en pocas horas devoró el porvenir y aceptó con altivez y energía las contingencias de todo cuanto sobrevenir pudiese. En tal disposición de espíritu le cogió la interrogación de la marquesa, y sólo por eso no le cogió desprevenido, aunque le obligó a recogerse y meditar antes de responder.

—Creo que sí, Fernanda; creo que puedo interpretar lo que deseas que interprete —dijo sin acercarse más ni tomar la mano de la dama—. Tú y yo... nos queremos... ¿Me equivoco?

Hizo Fernanda con la cabeza un movimiento negativo, como diciendo a Gonzalo que no se equivocaba, y al hacerlo, su mirada resplandeció con un destello de ternura.

—Esta... inclinación —tartamudeó Gonzalo— en mí ya había nacido antes, en ti tal vez nació la noche que te pusiste mala en el Real... ¿Es cierto?

Asentimiento de Fernanda, que al notar la turbación de Gonzalo también bajó los ojos.

—Los dos hemos querido combatirla. ¡Hagámonos esta justicia, Fernanda! —continuó Gonzalo en voz sorda.

—En eso te engañas. Yo apenas la he combatido. Estaba tan sola, tan desechada, tan desesperada, que no la combatí.

—¡Oh Fernanda, por Dios! Sí la has combatido... Cien veces más que yo —respondió él, apoderándose de una mano de la señora, que soltó en seguida al sentirla helada y al notar un instintivo movimiento de resistencia—. Lo que pasa es que tú, cuando me encontraste, tenías el alma ulcerada y herida, mientras yo sólo padecía una especie de tedio misantrópico, que me abrumaba desde la muerte de mi madre y que se curó así que empecé a quererte. Tu situación explica perfectamente que pudieses dominarte menos que yo. Los hombres tenemos más recursos contra estos... males del alma.

—La interpretación no será fiel, pero es lisonjera para mí —respondió Fernanda velando sus impresiones con una sonrisa.

—De mí a ti no hay lisonja —repuso Calderón con vehemencia, y sintiendo que ya le afluían las palabras a los labios—. Nos hemos querido porque los dos somos leales y entendemos del mismo modo la felicidad y hasta el deber. Nos hemos encontrado tarde para poder conciliarlos, y tenemos que elegir entre los dos.

Ni tú ni yo, Fernanda, servimos para organizar una dicha clandestina y vergonzosa, para engañar al mundo, ni siquiera a..., a ese hombre, a quien despreciaba ya antes de saber hasta qué punto te hace infeliz y hasta qué extremo se envilece. Se me ha ocurrido matarle; pero entonces, Fernanda, no podrías casarte conmigo, ni acaso querrías, aunque pudieses. Ya no somos dos chiquillos; si continuamos viéndonos así..., llegará día en que, a pesar de nuestra repugnancia por ese sistema cómodo que aquí emplean tantos, apelemos también a la mentira y a la sombra para intimar, para unir nuestra existencia algunas horas por lo menos. Esto, que sé que llegaríamos a hacer, te abochorna sólo de pensarlo. ¿Voy traduciendo bien?

—Perfectamente —advirtió con expansión la señora.

—Desechado ese camino, que es el trillado y el que aconseja la moral acomodaticia, aún quedan otros dos, Fernanda..., otros dos caminos. ¿Quieres saber cuáles?

—Ya los sé, pero quiero oírlos de tu boca —respondió ella con energía creciente, apoyándose, por decirlo así, en el espíritu del hombre que tan bien penetraba en su conciencia y en su mente.

—Uno es el de no vernos más. Fernanda, soy desinteresado por lo mismo que..., por lo mismo que te quiero como ni quiero ni volveré a querer a mujer alguna. Este camino es el mejor, el mejor para ti: yo no importo; yo salgo de Madrid cuando lo ordenes, a ver mis fincas de la Mancha y de Toledo..., y de las fincas al extranjero, a cualquier parte..., y te dejo con tu corona de honra y de martirio en la frente inmaculada, y con el recuerdo... Porque algo te acordarás..., ¿verdad?, algo te acordarás del que supo dejarte...

Y la voz de Gonzalo se humedeció como si llorase por dentro.

Fernanda, a hurtadillas, le contemplaba apasionadamente.

—El otro camino; el otro... —murmuró con pueril empeño.

—¡El otro...! Fernanda, antes de venir hoy aquí, ¿sabes lo que hice?—balbuceó Calderón, volviéndose y recobrando la mano que apretó con una especie de delirio—. Verifiqué mis cuentas, arreglé mis papeles, puse en orden mis más urgentes negocios, y hasta me enteré de las horas de salida de los trenes. Ningún

lazo me sujeta a España, ni siquiera a Europa. Tengo hacienda fácil de realizar, algún dinero ahorrado...

La mano de Fernanda estrechó la que la tenía cautiva.

Fue la única respuesta de la señora, y con ella demostró a Gonzalo que había esta vez traducido maravillosamente.

Y entonces, con ese instinto caballeresco del verdadero amor, que quiere la más absoluta espontaneidad en el sacrificio, Calderón se levantó vivamente, y absteniéndose de la menor demostración, enfrenando la alegría casi salvaje que a su pesar le inundaba, venciendo con sobrehumano esfuerzo, dijo sencillamente:

—Ya sabes los caminos. El que prefieras, prefiero. Elige..., pero con calma, con mucha calma... Si decides algo..., dos letras, un aviso... ¿Avisarás? —añadió involuntariamente.

—Avisaré, Gonzalo... —contestó ella en voz tan dulce, que Calderón salió tropezando con los muebles, ebrio, insensato, porque sabía de antemano cuál era la versión que aceptaría Fernanda, a cuál de los dos caminos daría la preferencia.

Media hora o tres cuartos de hora después de marcharse Calderón, la marquesa de Benalí se volvió sorprendida al oír que anunciaban a Sánchez del Abrojo, su médico, al cual ella no recordaba haber avisado.

Ciertamente, en aquel momento no deseaba Fernanda la conversación de nadie, pero al doctor no se le niega la entrada, y la marquesa ordenó que le hiciesen pasar a su gabinete.

No se necesitaba gran perspicacia para suponer que el atreadísimo sabio, el que había erigido en aforismo que el día en Madrid no tiene nunca veinticuatro horas, no venía a humo de pajas a visitar a su cliente.

—Sea usted franco, doctor —dijo la señora—. A usted le han dicho que yo estoy muy mal. Si no, no me proporcionaría la satisfacción de verle, y menos a estas horas. Vendría usted a honrar mi mesa, o iría usted al palco a oír un actito de Wagner..., ¡pero lo que es aquí!

—A una señora tan inteligente es inútil venirle con tapujos —respondió el doctor fijando en Fernanda los perspicaces ojos grises—. No me han dicho que usted está muy mal, ni creo yo que si usted estuviese sólo un poquito mala dejase de llamarme,

porque si no —añadió bromeando—, ¿cuál sería mi misión en la tierra? Lo que pasa es que me encontré ayer en la calle a su amiga de usted..., la señora de Pimentel..., esa viuda tan jarañera y tan chistosa...

—¡Ah, sí!..., María...

—Pues la encontré, y me dijo lo mismo que le voy a repetir: «Doctor, ¿por qué no da usted una vuelta por casa de Fernanda? La noto de algún tiempo acá de este modo, y del otro, y así, y con tales y tales síntomas...» Y la cosa me alegró tanto, marquesa, que la quise comprobar inmediatamente...

—Qué..., ¿dice usted que le alegró? —exclamó Fernanda, atónita, sin comprender.

La respuesta del doctor se formuló en preguntas reiteradas, muy diestras, muy reposadas, muy bien dirigidas por el doctor, y contestadas por la enferma con asombro creciente, con una emoción de tal naturaleza, que su cuerpo se estremecía todo. Y hubo, después del interrogatorio más completo, observaciones prácticas, la lenta y firme investigación del hombre de ciencia que compara fenómenos y relaciona datos para sacar una conclusión decisiva. Cerca de una hora duró la entrevista de la dama con el médico, y a tiempo que éste ponía el pie en el estribo de su estrecha berlina y daba al cochero orden de apurar, porque se le había hecho muy tarde, la marquesa de Benalí, invocando casi en voz alta el nombre de Dios, se dejaba caer de bruces sobre el diván, y por primera vez en su vida, las lágrimas, aquellas lágrimas rebeldes que jamás refrescaran completamente sus ojos ni dilataran su corazón, fluían apresuradas y dulces, arrancadas por una alegría sin fondo, una de esas alegrías que asustan, y que desde el primer momento, por su intensidad, tocan en los límites del dolor.

Aquella misma noche, a eso de las diez, hallándose ocupado Gonzalo en romper papeles y en acabar de ordenar los más necesarios para que su ausencia no embarazase la marcha de sus asuntos ni la gestión de su hacienda, oyó llamar a la campanilla, y un vuelco de la sangre le dijo que era un mensaje de Fernanda el que llegaba a tal hora. Se reprimió para no salir a abrir él mismo, y se lanzó sobre el lacayito que presentaba en una bandejilla la carta. Sintió ese ridículo temor que nos acomete antes

de romper un sobre que encierra tal vez parte de nuestra vida, y cuando, recobrada la respiración, pudo deletrear la misiva, vio que decía así:

«Gonzalo, de los dos caminos, escojo el primero, y te suplico que, si puedes te marches lo antes posible, y lo más lejos que puedas, sin perjudicar tus intereses.

»Te escribo la verdad: esta tarde no sabía que dentro de seis meses, si Dios quiere, tendré un hijo. El doctor acaba de marcharse y me ha dado la noticia. Me creí sola, sin obligaciones, y sin que a nadie le importase de mí, y ya ves como me equivocaba.

»Quema esta carta. He de pensar en ti siempre. Adiós.

Fernanda.»

Como buen atleta, Gonzalo recibió el golpe en mitad del pecho, sin titubear. Echó a la chimenea la carta, y continuó arreglando sus papeles hasta la media noche.

DOS años pasan sin sentir, en dos años se olvida en Madrid al ausente más conocido y notable, y mucho más si ese ausente es, como Gonzalo Calderón, un «excelente chico, algo oscuro», y cuya desaparición no deja «ningún vacío». Así es que fue muy grande, muy explícita, muy ruidosa, la sorpresa de María Pimentel cuando una mañana de mayo —de esas alegres mañanitas madrileñas en que el aire parece elástico, el sol es una patena de oro, las lilas embalsaman y las mujeres cosechan en las aceras una lluvia de piropos y de sandeces joviales— se encontró de manos a boca, al principio de la calle del Arenal, con Gonzalo Calderón.

En poco estuvo que la expansiva viuda no le abrazase al aparecido.

—Hombre de Dios..., pero ¿qué es esto? ¿Usted por aquí? ¿De dónde sale usted? ¡Si ya creí que se le había tragado la tierra, o el mar, o el diablo que cargue con usted!

—El diablo y la tierra, por último, nos han de tragar a todos —respondió, sonriendo el primo de Benalí.

—¡Pero si viene usted muy bien! Es decir..., tiene usted el cutis tostadillo..., y veo ahí en esa barba tan negra unos hilos blancos... Se me figura que ha debido usted de pasar sus correspondientes saudades..., ¿eh? ¡Y qué majo, qué aire extranjerizado, qué ropa tan *intachable*, como suele decir *Marrón Glacé* en sus crónicas! Y siempre tan discreto, tan caballero, tan Amadís... ¿Viene usted por mucho tiempo? ¿Se quedará usted aquí ya?

—No, señora —respondió él—. Hice falta en Madrid unos días, y vine porque era necesario, pero la semana que viene salgo para Andalucía.

—¡Qué oso! ¿Es que ya tiene usted madroñito? ¿Se nos ha casado por las tierras de las gringas?

—Mi blanca mano se encuentra aún a disposición de usted —replicó él tendiéndola, lo cual proporcionó a la Pimentel el gusto de darle en ella unas palmadas.

—¡Que llamamos la atención! —exclamó chorreando risa la viuda—. ¡Ah, si los hombres fuesen como usted todos! Ninguno merece que yo sacrifique mi entorchado. ¿Y... qué tal? ¿Ha visto usted ya a Fernanda?

La pregunta, aunque tan natural, inmutó un poco a Gonzalo, que tardó en decir con voz no muy segura:

—No, no sé si podré, porque traigo los días tan contados... Sin embargo, haré por ir; me alegraría de dar un beso a su niño.

—¡A su niño! —respondió con asombro irónico la Pimentel.

—Qué, ¿no ha tenido... un niño... Fernanda?

—Sí..., tuvo un chico...; pero acérquese usted a ese escaparate de ahí... ese de la tienda de juguetes... Mire usted esa fila de bebés..., ésos, los vestidos y los desnudos... ¿Los ve usted? Bueno; pues cualquiera de ellos que usted vea..., ya tiene usted el chico de Fernanda. Es decir..., no..., prefiero esos de loza y de cartón. Son más bonitos..., y alma tienen la misma.

—Pero... ¡cómo! María..., no entiendo bien lo que usted dice... ¿Qué le sucede a Fernanda con su hijo?

—¿Qué quiere usted que le suceda, criatura? Que hay padres que merecerían la horca, y que un niño engendrado y concebido cuando la madre tiene cada día una pataleta y cada noche un insomnio y a cada hora un tósigo y a cada minuto una pena, ¡qué quiere usted que sea ese niño! O loco de atar o lo que es el de Fernanda, ¡que no sé si diga que es peor!

—Pues ¿qué es?

—¡Un pelele! —exclamó la viuda, dando a esta castiza expresión todas las inflexiones de la lástima y de un indefinible desprecio.

—¡Un pelele! —repitió Gonzalo, como si comprendiese mal.

—O si quiere usted, un animal, menos que un perro, una especie de gusano... Come, bebe, pero no ve, ni entiende, ni nada... Es sordomudo, y además lelo. A veces gruñe, un sonido muy raro, como una *e* ronca. Y es bonito el condenado: tiene el

pelo rizado y rubio, fino como seda, y el color precioso, blanco, fresquísimos... Nada, nada: igualito a esos bebés que ve usted ahí, y que de niños sólo tienen el color y la forma.

Gonzalo Calderón, al escuchar estas horribles noticias, se sentía palidecer. Veía a Fernanda, a la que llamaba *su Fernanda* siempre, a la que por el nacimiento de aquella criatura se había creído salvada ya, la veía más infeliz que nunca, herida en sus fibras maternas y en lo íntimo de sus afectos más sagrados, y casi puede decirse que sentía en su boca y en su espíritu el sabor a hiel de las amarguras que sufría Fernanda, y en los hombros el peso de su cruz.

—¿Y... no hay esperanza? —preguntó ansiosamente—. ¿No podrá ese niño curarse?

—¡Ay Dios! ¡Pues apenas si ha revuelto cielo y tierra su madre! El año pasado fue a París sólo con objeto de consultar a su pelelín... Cuando pasó por aquí Charcot, loco le volvió con el empeño de que al tal bollo de carne me le convirtiese en hombre... Sí, cualquiera hace ese milagro... Pero ella, erre que erre, y dale con que el año próximo se va a Berlín, a que el proto-medicato vea a ese fenómeno de estupidez...

—¡Pobre madre! —exclamó Calderón con acento tan patético y tan salido del fondo de su ser, que la Pimentel tuvo un arranque de los suyos, y exclamó:

—Eso lo ha dicho usted de perlas... ¿Sabe usted que se pone usted hasta guapo cuando habla así? ¡Y qué razón tiene usted! ¡Pobre madre, sí, que ningún consuelo espera en este mundo ni en el otro! A bien que a veces las ilusiones sostienen y confortan... Fernanda asegura que el niño la conoce, que se ríe para ella... Por poco nos dice que ha echado más talento que Cánovas.

—¿Y... Ginés? —preguntó Calderón fingiendo indiferencia.

—¿Ginés? ¡De remate! La tal *Ángeles peores* le tiene más loco que una cabra. Le saca dinero a todas horas, porque el idiota de Rojas se metió en operaciones de Bolsa y anda arrancadísimo, y los moños y los trapos y la bucólica y las patas ajenas, y todo, salen de la bolsa del señor marqués de Benalí... A poco que se descuide Dios en arreglar este cotarro remitiendo una pulmonía bien precintada a esa víbora de Ángeles, Fernanda, ade-

más de todo, acabará pidiendo un centimito, con el fenómeno en brazos, a la puerta de cualquier parroquia.

La expresiva fisonomía de Calderón se descompuso y alteró visiblemente. Diríase que, como en el fondo del volcán dormido vuelve a hervir la lava y los metales, anunciando que la erupción se acerca, así en el alma del tanto tiempo ausente renacía el pasado, más violento, más tenaz que nunca. Echaban fuego los ojos de Gonzalo, y sus labios lívidos se contraían... Al fin, dominándose trabajosamente, murmuró:

—A bien que Fernanda está a la altura de su destino.

—¡Que si está! Hombre, ¡pues si la hemos de ver en los altares! ¿Sabe usted lo que dice? Que antes no se resignaba a otras desgracias menores porque no había sufrido bastante aún; pero que ahora ya sabe dónde está la resignación y cuánto vale... En fin, que esa mujer edifica.

—Tiene razón, María —afirmó Gonzalo—. Los que se quejan es porque sufren poco. Cuando la herida es honda, quita el habla y hasta no se gime. Y, además, el que cree en Dios no desespera.

—¿Y usted cree en Dios muy a puño cerrado?

—Sí —respondió con firmeza el viajero.

—¿Y cree usted que es justo que permita ciertas cosas?

—No le pido cuentas.

—Desengáñese usted, filósofo: ¡una pulmonía bien precintada vale un imperio a veces! —exclamó la incorregible mientras Gonzalo, al inclinarse para saludarla, fruncía las cejas como si ya el giro de la conversación le molestase o hiriese.

Mientras Gonzalo torcía por la tétrica calle de las Hileras, más como el que huye que como el que va a negocios; mientras la viuda le seguía con ojos llamándole *tonto* y *tiniebla* allá para sus adentros y declarando que Fernanda Maravillas tenía en todo bien poca suerte, un apuesto jinete iba a trote corto por la hermosa y a tal hora apacible avenida que desde el Retiro conduce a Atocha. Era el caballo un lindo media sangre, bayo con cabos oscuros, joven y fogoso sin duda. La ligera espuma que orlaba el bocado, el tono más oscuro, húmedo de sudor, de la piel en los ijares y cuello, indicaban la fatiga de un paseo largo, que, sin embargo, no había agotado los bríos del gallardo ani-

mal. El jinete, distraído, con los músculos ágiles por el ejercicio, aprovechaba el suave trote para dejar la rienda floja y apurar un excelente habano. El sitio era delicioso, con mucha sombra de árboles, y una brisa suave traía el embriagador perfume de las lilas, que combatía el del rico puro.

Sobre un rincón de césped, al lado de dos o tres montones de tierra esparcida, un cantero despachaba la pitanza que le había traído en un pucherete su mujer. Olíale también a gloria a él el cocido pobre, y metía la cuchara con golosa delicia.

Cuando el caballo vio la blancura de las piedras, pegó una huida de costado, y el jinete trató de sofrenarle.

El cantero, creyendo que el caballo se le venía encima, se levantó, y su blusa blanca fue para el animal nueva visión de espanto. Esta vez se encabritó loco de susto; quiso el jinete sujetarle; pero el caballo pegó violento bote, y el caballero fue lanzado a diez pasos de distancia, sobre las duras piedras.

Los agentes, los transeúntes, que acudieron con más o menos prisa a prestar socorro, sólo recogieron el cuerpo sin vida del marqués de Benalí.

